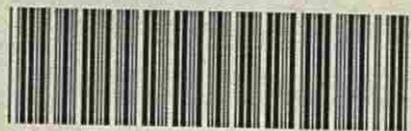


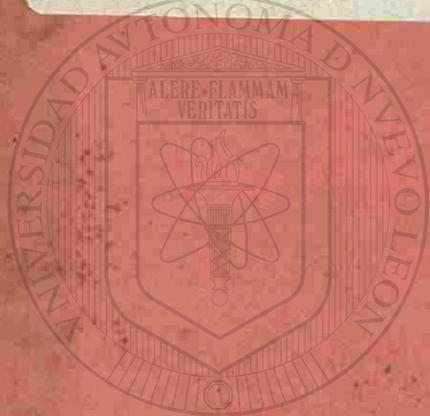
FQ4683

.A3

A17



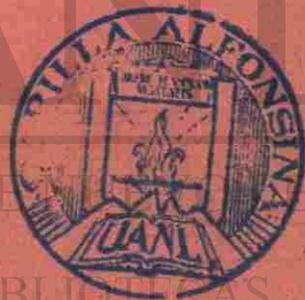
1020027093



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

SAN ANTONIO DE VALPARAISO

COLECCIÓN DIAMANTE

91

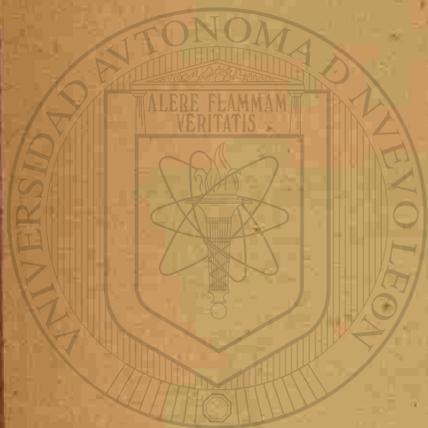
Núm. Clas. 854.8
Núm. Auto. 4517 m
Núm. Auto. 31053
Procedencia 8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 89

EDMUNDO DE AMICIS

MANCHAS DE COLOR

TRADUCCIÓN DE

GERMAN FLOREZ LLAMAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERÍA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, NÚM. 20

98011

31053

853

A



PQ4683

A3

A17

FONDO
CAPILLA ALFONSO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. A. :

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL

Imprenta LA CAMPANA y LA ESQUELLA, Olmo, 8.

ESCRIBIENDO UN LIBRO

Entre las ideas que cruzan por la mente de continuo sin detenerse en ella, como gente ocupada por una plaza, una se define y vosotros decís:—Ella es.—Es como un enamoramiento instantáneo. A primera vista veis en ella una belleza y un esplendor que ofuscan en vuestra memoria todas las demás que recientemente os atrajeron. Esta es sin duda la más digna de vuestro amor: es la idea predestinada que esperabais sin conocerla y que amábais inconscientemente aún antes de esperarla; aquella que permaneciendo escondida os hizo rechazar otras ciento, con la vaga esperanza de mejor fortuna. Con cuanta alegría la festejáis! Llegó finalmente nuestra amiga, y con ella un fin á nuestra vida, un año asegurado,

varios años quizá de pasión y de laboriosidad viril, durante los cuales podréis decir con orgullo á vuestro país:—Espera, también yo trabajo para tí, hago una obra de pensamiento y de belleza que te pagará mi deuda de hijo y de ciudadano; poseo y pulimento una joya que brillará acaso un día en tu corona.

Sin embargo todavía os asalta una duda. Y si fuese una joya falsa? Otras ideas fascinaron de pronto vuestra imaginación, como esta os fascina ahora; de otras decíais:—Esta es!—y luego añadíais:—Me he equivocado,—dejándola ir en libertad á unirse con las demás que permanecen en el olvido. Pero no. Ahora no os equivocáis. Esta permanece delante de vosotros inmóvil, y cada día se agranda y aparece rodeada de luz más viva: vosotros dais vueltas en derredor suyo con el pensamiento, y por cada nuevo aspecto que ella os presenta despier-ta en vosotros y os acrecienta el primer sentimiento de admiración y de amor, semejante en sus manifestaciones y en sus efectos al que se siente por una mujer á los

veinte años. Quisiérais mantenerlo secreto y se lo decís al primer amigo con quien tropezáis en la calle; experimentáis á la vez la necesidad de acariciar vuestro tesoro en la soledad y la de llevarlo en triunfo por entre la gente: una necesidad de agitaros, de espontanearos, de gozar locamente de la plenitud de las fuerzas que renace en vosotros un sentimiento de compasiva benevolencia por todos vuestros semejantes que no llevan en el alma aquella riqueza, un amor nuevo de la vida que comienza de nuevo lleno de promesas, y un ardor impaciente de poner manos á la obra, combatido por el deseo prepotente de prolongar aquel estado tan placentero de alegría y libertad, en el cual gozáis anticipadamente las delicias del trabajo intelectual, no quebrantadas aún por la fatiga, ni turbadas por desconfianza ni desilusión alguna.

*

Y cuan agradable es también el trabajo de preparación, cuando recogéis observaciones y memorias, interrogando á los ami-

gos, á los conocidos, á los desconocidos, á cada uno de los cuales les pagáis con una gratitud desproporcionada á la ayuda, como si fuera un cooperador eficazísimo de vuestro pensamiento, que él á veces ni siquiera comprende; cuando buscáis en cien libros, lo que necesitáis para el vuestro, con la alegre diligencia del que hace los preparativos de un viaje ardientemente deseado; cuando veis amontonarse un día tras otro tesoros de noticias, de anécdotas y de valiosos detalles, que brillan en vuestra imaginación como diamantes y briznas de oro, cuyo valor acrecentaréis mil veces, tallándolos y fundiéndolos en los moldes de vuestro taller! Y mientras ponéis en orden vuestro material, señalando la distribución de los episodios, las proporciones de las partes y los títulos de los capítulos, pululan, se atropellan en vuestra mente las ideas y las imágenes de tal modo que ni tiempo siquiera os dejan para anotarlas en los márgenes de los cuadernos, de los libros ó de las hojas sueltas; y bailando en torno de vuestros personajes, se entrecru-

zan, se hablan y obran, y resuenan dentro como notas sueltas de una sinfonía vasta, aun confusa y dulcísima, que os parece la voz misma de vuestra juventud que se despierta con todo el vigor y el encanto antiguo.

¡Ah, qué días tan hermosos! Os sentís llenos de vida, palpitantes de entusiasmo, arrebatados de fe. Porque no veis todavía de vuestro trabajo mas que las líneas principales, y se os presenta como un edificio grandioso y armónico ante el cual resplandecerán las admiraciones y enmudecerá la crítica. No encontrándoos aún frente á las dificultades y no descubriendo las imperfecciones congénitas á vuestra idea, os parece que la realizaréis íntegra y plena casi sin el auxilio del arte. Formáis el propósito, fácil de conseguir á primera vista, de no recaer en el nuevo trabajo en ninguno de vuestros defectos naturales y de vuestros acostumbrados errores; que esta vez no haréis transacción alguna con vuestra conciencia de artista; que por el contrario, desplegaréis nuevas facultades que antes

permanecían poco maduras en vuestro espíritu; que emplearéis con toda prudencia vuestras fuerzas, deteniéndoos siempre á los primeros síntomas de cansancio y no trabajando nunca más que con la inteligencia fresca y después de meditada labor; que os mantendréis constantemente por cima de vuestra obra, de tal modo que podáis ver en ella todos los lineamientos y las partes más recónditas, de modo que podáis ejercitar sobre ella, no obstante la pasión que os agita, una crítica serena y profunda que os conducirá á la perfección siempre anhelada y jamás conseguida...

*

¡Al trabajo, pues! La idea, divina seductora, os invita con promesas tan amorosas!... Ven conmigo, abandónate entre mis brazos; yo soy tan buena como hermosa; seré tu amante y tu amiga al mismo tiempo: no te oprimiré, no te haré esclavo mío como hicieron las otras; no me dedicarás más que las primeras horas de la jornada, en las

cuales el trabajo es espontáneo y fácil, y que no sabrías como ocupar de otro modo; reconquistarás tu libertad de espíritu después de haber sido mío por la mañana; luego te dejaré en paz durante el día y la noche, no turbaré tus placeres mundanos y no invadiré tus afectos domésticos ni tus amistosos recreos; no seré una tirana celosa, sino una hermana discreta y alegre, que embellecerá tu vida sin restringirla y te dará satisfacciones vivas y tranquilas, sin mezcla de pesar alguno; las cuales serán coronadas por un gran placer: el placer de una victoria gloriosa, cuyo recuerdo te será dulce hasta la vejez y te hará decir de mí— Aquel fué el más puro, el más sano, el más feliz amor de mi existencia.— Ah, sí, vosotros recordáis bien que otras, en el pasado remoto y en el próximo os hablaron el mismo lenguaje y mentían. Pero ninguna de ellas os habló jamás con la suave dulzura, con la gravedad honrada y persuasiva, con que esta os habla. Esta no puede mentir. Esta no miente.— Sí, querida amiga, te creo; sí, hermosa señora, ven ya; yo inclino

la frente sobre tu seno y te confío mi alma.
¡Al trabajo!

¡Sirena falaz! Apenas ha trascurrido un mes y ya ha hecho traición á sus promesas. Adiós, libertad del espíritu! Sois esclavo de un pensamiento imperioso que se entromete en todos vuestros pensamientos, que os sigue en todos vuestros asuntos, que se interpone en medio de todos vuestros placeres. La idea á la que no queríais otorgar más que las horas de la mañana, os aferra por los cabellos y os hace inclinar la frente sobre la mesa á todas las horas del día, cuando ella quiere y por todo el tiempo que á ella le place. Y primero se os impone dulcemente, de modo que apenas advertís que os hace fuerza. Dulcemente, cuando estáis á punto de dejar la pluma, os dice:—Un momento más: expresa todavía el último pensamiento que ha brotado en tu mente.—No escribas más que el periodo que ya suena en tu fantasía. Reforma tan sólo esta frase estridente.—Sólo un momento: ¿qué te cues-

ta corregir, aquel entrecocado que rompe la onda de tu pensamiento?—¿Por qué no borras aquel monosílabo que estorba?—¿Por qué no cambias aquella palabra que desentona?—Y de este modo, diez veces cada hora, suplicando y sonriendo, os vuelve al trabajo.

Luego se va haciendo, sin embargo, poco á poco más asidua y más indiscreta. Surge en mil formas en medio de vuestros sueños, os despierta bruscamente á altas horas de la noche, os arroja del lecho antes del alba, trunca vuestras conversaciones con la familia, os separa del círculo de los amigos, os arranca el periódico de entre las manos, os apaga el cigarro, os cuenta las horas y los minutos, os susurra al oído á cada momento:—Levántate! Ven! Trabaja!—con una persistencia implacable, que no os parece ya la constancia del amor, sino la obstinación del odio.

Y es en vano que le supliquéis diciendo que vuestras fuerzas no rigen, que vuestra salud se turba, que vuestra mente está fatigada y confusa, y que por interés de ella

misma os debe otorgar alguna tregua.—No, os responde—si tú descansas, se extingue en tí el entusiasmo; si te distraes, cesa en tí la fiebre; si no me das toda tu alma, yo te abandono: la meta es ardua y lejana; no te detengas, apresúrate, andal

Y toda prueba de rebeldía falla; vuestra vida no os pertenece ya más; sois suyo, y acabáis por servirla resignado y sumiso, como esposo novel, que descubriendo una voluntad de hierro en la que le había parecido una tímida niña bajo el velo blanco, dobla la cabeza humildemente, confortándose con el pensamiento de que será compensado de la propia servidumbre, por las embriagueces que ella le proporciona cuando no manda.

*

Mas son luchas ásperas, esfuerzos dolorosos de la voluntad y tensiones de todas las facultades que parece han de quedar destrozadas. Cuán diverso es el trabajo artístico de la edad madura, del de la juventud! Entonces las creaciones de nuestra

imaginación conservaban fácilmente en nuestro espíritu y por largos espacios de tiempo, el aspecto, la importancia, la virtud atractiva de realidades vivientes. Pero ahora, á cada instante, esas se cambian á nuestros ojos en muñecos miserables, que casi nos avergüenzan de nuestra obra, como si fuera pueril, indigno de un hombre sensato el gastar tanto tiempo y tantas fuerzas en fingir con ellos la vida, en crear y en hacer mover y hablar fantasmas para engañarnos á nosotros mismos y á aquellos de nuestros semejantes que se han quedado niños como nosotros. El trabajo de la fantasía, las ilusiones, el sueño á ojos abiertos se rompen y desaparecen muy frecuentemente al choque más ligero de los pensamientos y de los accidentes de la vida real, y ante la mente que se apercibe y el ánimo que se enfria, el hermoso cuadro que la pasión pintó se decolora y se deforma. En un tiempo existía un estímulo poderoso, la ambición; pero desde que nos faltan las grandes esperanzas que la alimentaban, ha perdido gran parte de su fuerza impulsiva.

A qué fatigarse tan duramente y sufrir y acortarse la vida por correr tras un ideal que no lograremos alcanzar á tiempo, ó que una vez alcanzado, no lograría darnos más que una gloria pasajera, conturbada por los desengaños y por los achaques crecientes con la edad y con el pensamiento de los años! Nuestra facultad autocrática ha adquirido una penetración tan terrible que una gran parte de nuestras fuerzas, por temor á ella y por su consejo, no la empleamos ya más en buscar la belleza, sino en evitar los errores y los defectos, la repetición de los conceptos antiguos, el uso de formas y de artificios ya gastados, y cadencias de estilo é imágenes que se nos representan de continuo como estribillos de nuestro pensamiento. ¡Qué cúmulo de nuevas dificultades no se nos levanta en cada página! Cuan fácilmente se toma aversión hoy al trabajo de ayer! Oh hermosos días felices, cuando la pluma seguía trabajosamente el curso vertiginoso del pensamiento y el impetu violento del afecto, y nos parecía estar escribiendo bajo el dictado de una voz ardiente y

presurosa que nos hablase al oído, y se nos escapaban de la boca exclamaciones ingenuas de admiración y de gozo, y de vez en cuando se nos caía una lágrima sobre lo escrito! Ahora nos detenemos á cada breve impulso, anhelantes como después de una larga carrera; de la voz misteriosa oímos las notas unas veces sí y otras no, y muchas calla; cada exclamación de complacencia se ve casi sofocada por una duda imprevista, que brota del recuerdo de las desilusiones sufridas; y casi siempre las lágrimas no son ya sino pensadas: no nos las exprime de los ojos más que la verdad negra y tremenda.

*

Mas la idea se os presenta también alguna vez en medio de la noche tan bella y tan luminosa, y os habla con una sonrisa tan bondadosa de amiga y os demuestra tan claramente que no es un sacrificio lo que creéis hacer por ella, porque no os queda en el mundo ningún goce más fuerte y más seguro que el que ella os proporciona; que el ideal sólo es verdadero, y que en todo, como

no sea en su amor, encontraréis desilusiones y amarguras; os persuade de esta verdad triste, y consoladora, sin embargo, con razones tan evidentes y con palabras tan amorosas, que os quedáis esperando el alba con impaciencia para poner os manos á la obra, y al primer resplandor os lanzáis del lecho corriendo á trabajar con el entusiasmo de los primeros días. Y las primeras horas, aún en trabajo ya avanzado, son siempre bellas. Sólo cuando comienza el cansancio, sobreviene la turbación y el peligro.

Y entonces en medio de vuestras creaciones, se entrelazan á cada momento otros fantasmas, que los descomponen y les ponen en fuga: los fantasmas de los críticos que os esperan con las armas afiladas en el puño. A casi todos les conocéis de seguro. Se estrechan en círculo en torno de la mesa: enemigos antiguos que os asaltarán á cara descubierta furiosos; amigos malignos, que con una mano os meterán una daga corta en el costado y con la otra os acariciarán la frente; émulos envenenados, viejos pedantes que os perseguirán treinta años segun-

dos con fría ferocidad; jóvenes audaces, hirviendo de ambición, inconsiderados, que quieren pasar sobre vuestro cuerpo; y de todos ellos sentís las heridas, las burlas y los golpes. Ay de mí! El fruto de tantas jornadas fatigosas, de tantas noches en insomnio y torturas de nervios, del corazón y del cerebro, se verá condenado de un plumazo, triturado y arrojado al arroyo como por tanta gente que no gastará más tiempo en examinarle del que vosotros hayáis empleado en escribir una sola página! Y ante tal pensamiento se os helará la sangre cayéndoseos la pluma de la mano. Y también se os caerá pensando en los miles de conciudadanos cultos que jamás llegarán á abrir vuestro libro, aceptando de buena fe el primer juicio malévolos que caiga ante sus ojos, y en los otros innumerables, en quienes no dejará ni siquiera rastro en su memoria, porque su cabeza es como una tumba en donde todo lo que entra se pierde, y en los miles de miles que ignorarán hasta su existencia, como ignoran é ignorarán siempre vuestro nombre.

Y entonces:—¿para qué?—volvéis á preguntaros. Y pensáis con envidia triste en todos aquellos para quienes el trabajo es movimiento, acción, palabra viva, comercio con sus semejantes, vida varia y batalladora á la luz del sol, cuando para vosotros es muda inmovilidad, soledad, autopsia atormentadora de vosotros mismos, afanosa persecución de sombras y de fugaces resplandores, y terror continuo de un mal éxito, y desesperado abuso de todas las fuerzas de la inteligencia, hecho aún más doloroso por la sospecha perpetua de la decadencia...

*

Luego vuelven de nuevo los períodos de color de rosa, las jornadas azules, las horas de oro. Ah, estas os pagan con craces de todas las torturas sin duda. Volver á sentir el vigor de las facultades intelectuales de la edad florida, fortificadas por la larga experiencia y por el estudio asiduo de las facultades de otro; escribir alguna vez pocas páginas que el corazón, la razón y el gusto

aprueban juntamente, rebatiendo vuestra propia crítica más sincera y más sutil; salir victoriosos, después de larga batalla, de una selva medrosa de dificultades que habéis ido derribando una á una, ó con un ímpetu de inspiración ó con un trabajo lento y paciente, diez veces abandonado y reanudado con pertinacia indomable... son goces grandes y profundos. Y luego poco á poco, según va adelantando el trabajo, los personajes imaginarios adquieren cada vez más solidez y vida de personas reales; la ilusión es á veces plena y duradera; los fantasmas toman forma y voz, y os apostrofan y os tocan, y les tocáis y habláis con ellos; las horas de trabajo nocturno os traen maravillosas alucinaciones; la fe en vuestro trabajo os exalta; no tenéis otro deseo en el mundo que vivir el tiempo necesario para darle cima, y los intereses materiales, los cuidados de la vida, la ansiedad del porvenir, la misma ambición de una victoria se retraen entre vuestros pensamientos menores: todo palidece y se pierde ante la llama de la pasión purísima que la idea os ha

encendido en el alma y que os ilumina el mundo como una luz de anhora. Y en aquellos días sois jóvenes, sois buenos, amables con todos, generosos á toda prueba, justos y benévulos con los rivales en el arte, intrépidos y tranquilos ante las imágenes de los enemigos que destrozarán vuestra obra, animosos también ante la idea de la muerte, frente á la cual pensáis que os servirá de supremo consuelo el recuerdo de haber vivido tan profunda y poderosamente, aún cuando sea por breve tiempo. Ah, cuan dulce es en aquellos días el cansancio, qué alegre el despertarse, qué hermosa la naturaleza y cuanto se ama la vida!

•

Sin embargo, en tales días más de un pensamiento turba vuestra alma de cuando en cuando y os detiene. El período de la producción artística es tiempo casi completamente perdido para la cultura. Mientras vosotros permanecéis encerrados en vuestra idea, el mundo camina, piensa, habla,

obra, y vosotros no veis, ni oís, ni leéis, permanecéis extraños al movimiento intelectual que se desenvuelve en derredor vuestro, y produciendo ideas sin adquirir otras, y permaneciendo inmóvil mientras otros mil marchan por la senda del saber, pensáis tristemente que concluída vuestra obra, os encontraréis pobres y retrasados. Y también os deanima el trabajo de otro, puesto que mientras estáis trabajando, otras obras de naturaleza afín, se publican y obtienen voga y aplauso por cualidades y bellezas que no son las que vosotros esperáis que resplandezcan en la vuestra; sentís las alabanzas públicas que se tributan á facultades que os faltan, á intentos con que no estáis conformes, á formas artísticas cuya admiración no se puede conciliar con el sentimiento de la forma que os es propia; y estos aplausos os suenan como siniestro presagio, condena anticipada para vosotros, y confunden vuestra conciencia artística, y os despiertan en el corazón la serpiente de la envidia que creáis muerta, que se desliza fuera y enroscándose en la pluma os la

datiene aún en medio de las más felices inspiraciones.

Y os asaltan de improviso otros pensamientos enervantes. Durante un año habéis permanecido recogido en vuestro pensamiento: han ocurrido en este tiempo, en vuestro país y en todo el mundo, sucesos de universal interés, se han agitado ideas de importancia altísima, hombres eminentes han hecho á la patria servicios insignes, inteligencias superiores han realizado descubrimientos fecundos, y hombres generosos obras grandes de beneficencia, desventuras terribles han herido á millares de criaturas y se han llevado á cabo actos heroicos que honran á la especie humana; y vosotros, muchas de estas cosas apenas si las habéis sabido, muchas las habéis ignorado, ante la mayor parte de ellas habéis permanecido indiferente, vosotros, atentos en absoluto á la danza de vuestros fantasmas, al tejido de vuestras frases, á la música de vuestras palabras, permanecísteis, solitario, egoísta, mezquino, sin otro empeño que el de perjeñar un libro, cuya falta nadie

advertiría sino lo hiciérais, y que quizá vaya confundido en la enorme riada de papel que pasa! Ah, pobre muchacho alucinado! Cada vez que surge este pensamiento, separáis á un lado con mano desdefiosa las cuartillas exclamando:—¡Ah, no, esto no es trabajar, esto no es cumplir con un deber, no es emplear noblemente la vida!

De tales pasajeras postraciones os levanta sin embargo de repente una idea feliz, una página fácil ó el franco aplauso que os concede un amigo conmovido á quien exponéis el pensamiento ó á quien leéis una parte de vuestra obra, bien para fustigar vuestra vena, bien para experimentar en él al futuro lector. La prueba más dura y más peligrosa os aguarda las más de las veces á mitad de camino. Primeramente os parece que cuanto más vais avanzando más largo se va haciendo la travesía, cuyo fin no se alcanza; y entonces comenzáis á detener el paso, como oprimidos al mismo tiempo por la fatiga del esfuerzo de todos los días y por

el peso acumulado de todo lo que se va condensando en vuestra obra.

Luego, repentinamente, como removido por una misteriosa sacudida todo el edificio se viene á tierra. Mas por qué hoy y no ayer? Por virtud de qué trastorno en vuestras facultades? Por qué el edificio entero hasta los mismos cimientos, aún las partes que cien veces observadas y probadas os parecieron siempre más sólidas y más hermosas? Volvéis á leer desde el principio, y con un sentimiento de dolor creciente vais pasando de desilusión en desilusión. Todos los personajes os parecen falsos, los hechos vulgares, el enlace entre estos grosero, el lenguaje retórico: todo diluido, vacío, frío, muerto. Es como la sacudida de un rayo: después del primer desaliento, os deja lleno de estupor. Cómo es posible que hayáis podido vivir tanto tiempo en un error tan grande? Qué miseria y que vergüenza! Y en este instante cojéis odio á vuestro trabajo y sentís desprecio de vosotros mismos, y con él una necesidad frenética de huir de aquella cárcel de vuestro cerebro, de la ha-

bitación de trabajo, de aquel instrumento de tortura, de la mesa de estudio, de ahogarse en los placeres, de embriagaros de vida viva, de buscar la paz en la fatiga del cuerpo y la libertad del espíritu en un viaje lejano, y hasta de vengaros contra vosotros mismos, metiéndooos en medio de la gente ignorante y fatua que no entiende y escarnece el trabajo y las ilusiones, que tanto habéis amado y que tanto os han hecho sufrir.

Y en parte lo cumplís así: volvéis con furia á las costumbres y á las distracciones de los buenos tiempos, os lanzáis entre los amigos, estupefactos de vuestra alegría y de vuestra charla febril, y os entregáis por completo á vuestra familia, que engañada por el cambio, cree jovialidad de escritor satisfecho á la rebelión del obrero desesperado... Pero en vano sentís en vuestro corazón que la rebelión no será duradera, que la idea todavía os acompaña, que un día ú otro tomará posesión de vosotros, y os hará doblar el cuello y el alma bajo su yugo. Y en efecto, un día, de improviso, ella os aga-

rra y repite con el mismo imperio que al principio:—Vuelve conmigo!—Le contes-
táis:—Ya no tengo fe.—Y ella os replica:—
Al trabajo!—Le decís:—Ya no te amo.—Y
os responde:—Siempre eres mío!—Y qui-
sierais resistir á toda costa; pero os cuesta
ya un esfuerzo tan enorme la resistencia,
que preferís someteros, y cedéis una vez
más, con la esperanza de sufrir menos, obe-
diendo. Adelante, pues, galeote; vuelve al
trabajo forzado, al trabajo sin amor y sin
ambición, á la lucha innoble y maldecida,
que no te proporcionará otro fruto más que
la vergüenza; vuelve á exprimir tu cerebro
y á atormentar tu corazón, al menos para
poder así apresurar el fin de tu martirio.—
Mas... ¡milagro! Apenas reanudáis el traba-
jo, la obra se embellece de nuevo ante
vuestros ojos, renace la fe, resurgen las
fuerzas, todas las esperanzas apagadas se
inflaman en un esplendoroso incendio de
entusiasmo y de gozo.

En los últimos días se confunden de tal

modo la satisfacción de la conciencia artís-
tica y el contento de haber llegado al fin,
que os resulta casi imposible discernir la
una de la otra, lo cual suele ser causa de
más de un triste desengaño al volver á leer
luego las últimas páginas; estas en vez de
dictadas por la inspiración como os había
parecido al escribirlas, reconocéis que fue-
ron escritas por la furia. Es hermoso vues-
tro trabajo? Es mediano? Es un aborto? No
sabéis nada. No comprendéis ya claramente
nada, ni estáis seguro de otra cosa más que
de lo siguiente: que dentro de poco rompe-
réis vuestra cadena, que recuperaréis la li-
bertad de alma y de cuerpo, y que reingre-
saréis en vuestra familia y en el mundo, y
que podréis divertirlos, dormir, comer y leer
é ir y venir como todos los seres humanos,
sin ver delante de vosotros ni sentir encima
ni en vuestro interior la tirana implacable:
la idea.

Cuantos años no seguiréis recordando la
luz que iluminaba vuestra habitación en el
momento que escribisteis la palabra *fin*, los
rumores que llegaban hasta nuestro oído

desde la calle y las voces de la familia que se oían en la habitación inmediata! Y cuantas veces, acordándoos de aquel instante volveréis á sentir el estremecimiento de placer con que dijísteis á vuestros queridos:—Aquí me tenéis otra vez enteramente vuestro: ¡Acabé!—Os parece como si hubiera caído de vuestra cabeza un cerco de hierro, exhaláis profundos suspiros con un sentimiento de bienestar físico y de frescura de alma deliciosos, y miráis en derredor vuestro, estupefactos y sonrientes, como si las cosas hubiesen cambiado de aspecto, como si el aire se hubiera hecho más puro y la luz del sol más límpida, como si comenzara para vosotros una segunda vida, y si se os abriera delante un inmenso porvenir de reposo despreocupado y sereno.

Y á pesar de todo esto vuestra alegría no es completamente serena. Tenéis conciencia de que mucha parte de lo que os quedaba de juventud ha desaparecido en vuestro trabajo y ha quedado sepultada bajo aquel montón de papel que se levanta delante, que habéis envejecido bastante durante

aquella pasión, y que si por acaso os ponéis otra vez á trabajar en una obra de gran esfuerzo, os cansaréis y sufriréis con más dureza aún, y daréis también un paso más largo hacia la vejez...

—¡Se acabó!... Ah, no, no se acabó. La idea se ha separado á un lado; pero no os concede sino una tregua. Os espera, y volverá á enseñorearse de vosotros. Y será la última vencedora. No os dejará libres para siempre, mas que cuando la arroje de vuestra almohada la muerte!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

JUAN BOTTERO

Fundación de la *Gazzetta del Popolo*.—Cómo comenzó su carrera Giovanni Bottero.—El rey de Turín.—Sus méritos.—Bottero polemista.—Su índole, su vida, su duelo.—Un momento trágico.—Un gran desengaño.—Sus últimos años.—Ante su estatua.

El caso en Italia es único. Se ha descubierto con toda solemnidad en una plaza de Turín, y precisamente en el corazón de la antigua ciudad, una estatua colosal de bronce, que representa al periodista Juan Bottero, fundador y director durante cincuenta años de la *Gazzetta del Popolo*, muerto no hace muchos años.

El caso es único; pero también único, típico, originalísimo, excepcionalmente benemérito de la patria y de la prensa, digno en verdad de sobrevivir en la admiración de los venideros, fué el hombre á quien se

Manchas de color

ha tributado tanto honor. Y por esto creo de mi deber relatar brevemente su vida y bosquejar con rapidez su retrato á los lectores, con la casi seguridad de serles agradable.

Nació periodista; al periodismo consagró toda su alma y su existencia entera; para quedarse en el periodismo renunció á una carrera científica que hubiera sido espléndida y á una carrera política que le hubiera llevado al gobierno; durante medio siglo escribió casi diariamente un artículo; no tuvo en toda su vida otro pensamiento, otra pasión, otra ambición que su diario; murió con su diario en las manos.

Vino á Turín desde Niza, su ciudad natal, donde había seguido los primeros estudios en un colegio de jesuitas: estudió medicina en la Universidad con gran provecho, de tal modo que, poco después de recibir el diploma, fué propuesto para una cátedra; pero renunció á ella para dedicarse por completo á la *Gazzetta del Popolo*, pequeño diario po-

pular á cinco céntimos, fundado por él en 1848 con algunos otros jóvenes de talento y de valer, sobre los cuales adquirió muy pronto una autoridad indiscutible. Era el más inteligente, el más equilibrado, el más prudente hasta en la violencia, el que veía en la política más claro y más lejos, el que sabía hablar más eficazmente á la inteligencia y al corazón del pueblo. El diario se hizo en muy poco tiempo popularísimo por el caluroso soplo de italianismo que le animaba, por la guerra implacable que emprendió contra el espíritu municipal particularista y estrecho, contra la superstición ignorante y contra el clero antipatriótico y reaccionario.

Al subir al poder el conde de Cavour, mostró consideración y simpatía al joven periodista patriota y batallador; el cual en 1858 fué elegido diputado por Niza, luego por un distrito electoral de provincia, del Piamonte, y después por el distrito primero de Turín, recibiendo del ministro varios importantes y difíciles encargos que cumplió admirablemente. Los éxitos del diputa-

do aumentaron la autoridad del periodista. Trasladada la capital á Florencia, asumió él sin disputa la supremacía en la prensa periódica de Turín. Fué entonces verdaderamente, como le llamó Víctor Manuel, el *rey de Turín*.

No conozco otro periodista que haya tenido nunca en una gran ciudad de Italia tan soberano poder. Duraban poco los prefectos é intendentes municipales que no contaran con su apoyo; salía difícilmente elegido un diputado á quien él combatiera; sus más fieros adversarios políticos apenas se atrevían á levantar la voz contra él; la «camarilla moderada» (contra cuyo gobierno combatió agriamente después de la convención de Setiembre) le tenía por el más formidable de sus enemigos; una cohorte de amigos fieles y de humildes clientes le rodeaba, le servía y le adulaba, y el pueblo juraba sobre su *Gazzetta* como sobre el Evangelio.

Y no puede decirse que su popularidad

no fuere merecida. Dió mil pruebas de amor profundo y claro á Turín, aún permaneciendo italiano en el sentido más amplio y noble de la palabra, enemigo implacable de todo espíritu de regionalismo y el primero siempre en predicar la concordia y la fraternidad, apenas una sombra de peligro amenazara la unidad moral de Italia. No hay institución de utilidad pública á cuya fundación no cooperase; ni sabia reforma de instituciones antiguas que él no haya ayudado ó promovido; no hay importante cuestión de higiene pública á que él no haya llevado la luz de su doctrina; no hay progreso de libertad, ni mejora administrativa, ni victoria de las nuevas ideas sobre prejuicios antiguos, á que él no haya contribuido con su valimiento. Único adversario apto para medirse con el famoso don Margotti, director de la *Armonia* y de la *Unidad Católica*, terrible campeón del partido clerical, libró con este durante años y años, con frecuencia victoriosamente, una batalla titánica. En las guerras nacionales fué jefe y alma de los comités de reclutamiento.

Fué inspirador y protector eficazísimo de innumerables institutos de beneficencia popular; fué iniciador del *Consorzio nazionale*, que tenía por objeto saldar la deuda pública por medio de contribuciones voluntarias de todos los italianos, y que recogió en pocos años varias decenas de millones. Inmutablemente devoto á la monarquía, fué constantemente demócrata. No quiso ser senador, rechazó condecoraciones, vivió siempre con sencillez, prodigó sus abundantes ganancias en obras benéficas casi todas ignoradas, solo una vez aceptó honores públicos, porque le fueron impuestos por unanimidad de sus conciudadanos y en una forma perentoria que no admitía resistencia. Fué en 1889, con motivo del 40º aniversario de la fundación de su *Gazzetta*, cuando le fueron regaladas estátuas de bronce, plumas de oro, álbums con sesenta mil firmas de italianos de todas las provincias, y en el salón del antiguo Senado, en presencia de ministros, de magistrados, de ciudadanos, de todas categorías, conmovidos y aplaudiendo, el presidente del tribunal de casación de Turin

conmemoró solemnemente sus cuarenta años de trabajo honrado y de batallas gloriosas.

Dotes principales de su talento y estilo de publicista fueron la claridad y la precisión. Era eficaz, porque era claro; era siempre claro porque no escribía nunca sino de cosas que hubiera comprendido bien y que sabía muy bien. No quiere decir esto que fuera escasa su doctrina: tenía cultura clásica, sólidos estudios en materia de medicina, en la cual se mantenía al corriente; ámplios conocimientos de historia eclesiástica y de polémica religiosa, y respecto á cualquier otro asunto ó cuestión hacía atentas lecturas en las muchas horas que pasaba solo en casa, á pesar de las múltiples ocupaciones cotidianas que le imponía el diario. Pero no hacía valer su propio saber, sino en la parte que poseía perfectamente, en la que se había convertido, por decirlo así, en carne y sangre propia. Y su pluma, raras veces elegante, pero templada, agudamente, cortaba, esculpía, hacía brillar la idea, sin apariencia alguna de artificio, y casi sin arte.

Sus artículos eran duros y transparentes como el cristal y quedaban impresos en la mente de los lectores como demostraciones de teoremas geométricos. Valentísimo, sobre todo, era terrible en la polémica, en la cual se burlaba de todas las debilidades, de todas las artimañas del adversario y retorció sus argumentos con destreza maravillosa.

Y es justo decir que en la polémica se excedía muchas veces, llevando la burla y el sarcasmo hasta la ferocidad, y que con algunos de sus enemigos fué despiadado, hollando hasta el precepto del respeto á los caídos. Pero, conviene no olvidar sin embargo, que pocos publicistas fueron tan odiosamente calumniados como él, á quien una palabra leal y generosa bastaba casi siempre para desarmar sus cóleras; que de muchos de sus más encarnizados adversarios, después de pasado el período de las tempestades, se volvió afectuoso amigo, y que no por odio personal era las más de las veces agrio y excesivo, si no por la violencia de la pasión con la cual quería lo que él creía la verdad

y aborrecía las ideas y las obras que reputaba funestas á su país.

Su figura era característica, por no decir extraña. Era una figura de sacerdote atlético; cara ancha siempre afeitada y descolorida como la de los actores viejos. Dos ojos grises de mirada penetrante y severa, una boca enorme y cortante cuyos labios se agitaban como dos culebras. Toda su persona expresaba la tenacidad férrea de la voluntad, la fuerza indómita de la índole. Su mímica era vigorosa como su estilo, su voz poderosa como su fibra. Andaba erguido como una lanza, y parecía, cuando estaba parado, que tuviera raíces en la tierra, como un roble. Sin embargo, este coloso de granito era flexible con los amigos, afable con los jóvenes, suave con los humildes. Todos los muchos colaboradores que tuvo en su larga carrera periodística, le quisieron como á padre. Con estos y con los amigos bromeaba casi de continuo con sencillez bonachona y la forma habitual de su broma era el juego

31053

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO REYES
625 MONTERREY, MEX.

de palabras, que le salía por los labios con una espontaneidad y agudeza sin igual. Su vida estaba reglamentada por reloj. No salía de casa antes de las cinco de la tarde.

A las cinco iba á la redacción; interrogaba á los colaboradores y discutía con ellos la novedad del día, preparando con esa gimnasia intelectual el artículo para la *Gazetta*; después escribía el artículo, y solo iba á comer cuando estaba terminado; aunque fuera á las once de la noche.

Durante treinta años comió en el mismo restaurant, en la misma sala, siempre en la misma mesa, á donde iban á hacerle compañía, á los postres, una media docena de amigos. Volvía á su casa á media noche ó á las dos de la madrugada. Era tan conocido en Turín, que muchas veces, al encontrarle por las calles oscuras y desiertas, los malhechores y mujeres de mala vida tenfan cuidado de cederle el paso, diciéndose unos á otros: *Es el doctor*, pues así le llamaban las gentes del pueblo. Durante muchos años se ejercitó todas las mañanas, desde la cama, en tirar á la pistola, contra un blanco pega-

do á una pared, llegando á ser un tirador incomparable; y dió pruebas de ello en un duelo que tuvo en 1866, á consecuencia de una violenta polémica, con un conocidísimo periodista turinés, el cual, herido en una costilla, murió pocos meses después á consecuencia de la herida. Pero fué este su único duelo; y el desenlace funesto le afligió toda la vida: vida singular, tan agitada y tan concentrada á la vez, tan ruidosa y tan modesta! Para dar una idea de la regularidad de semejante modo de vivir, baste decir que durante cincuenta años no pasó un solo verano fuera y que sólo una vez, arrastrado á la fuerza por un amigo suyo, al campo, que casi le era desconocido, volvió á los dos días como de un viaje á un mundo nuevo, arcáicamente entusiasmado de las maravillas verdes que había visto, repitiendo sin fin la exclamación: ¡Ah! ¡qué follaje! ¡qué árboles! exclamaciones que se hicieron proverbiales entre sus amigos: «No puedo moverme de la ciudad, solía decir, soy un pilar de los pórticos de Turín.»

Este hombre de acero tuvo un solo día de debilidad. He aquí como. Fué un episodio dramático, que por poco no se convirtió en la terminación trágica de su vida.

Se fundaron varios periódicos, en diferentes períodos de tiempo, con el único propósito de combatirlo y derribarle. Pero el peor de todos fué el que fundó después de 1886, en el período de su mayor potencia.—unos dicen que por desahogo de rencores personales, otros con el único objeto de formarse un nombre atacando á un hombre célebre—un estudiante de gran audacia y de talento diabólico, el cual se dedicó á perseguirle sin tregua con las acusaciones más atroces, con las burlas más insolentes, con las calumnias más sangrientas que puedan salir de la pluma de un polemista.

Bottero entonces combatía fieramente al gobierno, y muchos opinaron que las autoridades favorecían bajo mano al periódico que lo difamaba. Bottero se mostró indiferente al principio y no respondió. Pero, cuando el diario calumniador, leído con placer por sus enemigos ocultos y declarados,

por muchos que lo envidiaban, por muchísimos que lo temían, adquirió gran boga, él empezó á turbarse y á sufrir. Continuó conservando el silencio sin embargo.

Solo una vez movió querrela en los tribunales contra su enemigo, y fué cuando éste le acusó de haber *hecho el espía* al príncipe de Carignano para hacer prender los jefes de un complot urdido en 1864, con motivo de la Convención de Setiembre, al objeto de provocar una insurrección en Turín. Pero por haberse negado los testigos de la parte adversaria como libre-pensadores, á prestar juramento, el proceso no pudo tener el desarrollo que él deseaba para que se demostrara ampliamente su inocencia.

El diario continuó sus ataques, encarnizándose cada día más, hasta llegar á acusar á Bottero de los vicios más inmundos; lo cual aumentó todavía más su circulación, enardeciendo cada vez más á los enemigos del perseguido y acrecentando su número. El pobre hombre entonces, impotente para defenderse de las acusaciones ignominiosas que suponía creídas, por muchos, conside-

rando herida de muerte su reputación y su popularidad, sin esperar que esa malaventurada guerra pudiera tener nunca fin, se hundió, oprimido por la angustia y la desesperación y determinó suicidarse, cortándose la arteria crural. Adivinaron su propósito sus amigos, y, como conocían la firmeza de su voluntad, se asustaron. Una noche entera estuvieron á su lado para impedirle que pusiera en práctica el suicidio funesto.

Después, poco á poco, con los consejos, con las súplicas, con infinitas demostraciones de afecto, lograron apartarlo de su resolución. Después de una larga serie de duelos y procesos, el periodiquillo murió; el buen sentido público reconoció la difamación; los que aplaudían al polemista volvieron á esconderse, y Bottero volvió á ocupar triunfalmente su puesto en la estimación universal.

Sufrió también otro gran dolor en los años siguientes. Soltero y solo, y de corazón deseoso de afecto, á pesar de la altanería gue-

rrera de su carácter, se inclinaba fácilmente á los jóvenes. Le inspiró una particular simpatía un joven periodista romano, de buen aspecto, de talento vivo, de modales francos, que fué algunos días diputado por Roma. Este iba con frecuencia á Turín donde Bottero—que cambió poco á poco la simpatía en afecto—le recibía como á un hijo; muchos le creían verdaderamente hijo suyo; lo cual era un absurdo. Se esparció un día por Italia la noticia de haber sido asesinado en Roma Alberto Sonzogno, director de la *Capitale*. Figuraos el golpe que fué para el pobre anciano oír murmurar en todas partes que el impulsor del asesinato había sido su hijo adoptivo, aquel en quien había puesto tantos afectos y tantas esperanzas—Giuseppe Luciani—inducido al delito por la necesidad de desembarazarse del antiguo amigo, convertido en enemigo acérrimo por haber descubierto el enredo de él con su propia mujer, Luciani fué preso y procesado, y Bottero llamado como testigo de defensa en el debate. Fué, abrió su alma y concluyó diciendo:

—Mientras no haya pruebas en contrario, lo creo inocente.

Pero envejeció muchos años ese día. Luciani fué condenado á prisión perpetua. Y comenzaron ese año en su pobre padre adoptivo los síntomas de la enfermedad que lo llevó lentamente al sepulcro.

Fué también virilmente batallador en sus últimos años, pero ya á más raros intervalos. No retrocedió en política; pero no marchó con el progreso. Tuvo sin embargo el gran mérito de combatir constantemente y con áspero rigor desde sus principios la empresa africana; mérito atenuado por haber tenido fe en Francisco Crispi. Murió como valeroso, dejando por testamento á sus colaboradores, nobles y sabios consejos:—*Nací pueblo, viví pueblo y muero pueblo.*

Es verdad. Y el pueblo le amó. Y también esa gran parte del pueblo que se afilió últimamente al verle en las filas de los adversarios del socialismo lloró su muerte

y llevó flores á su tumba, y en la inauguración de su monumento, se apiñó alrededor de este, reverente y conmovida.

La ceremonia fué breve, pero hermosa y solemne. ¡Valeroso y honrado Bottero! Cuántas veces le ví vivo en aquella actitud oratoria, con un diario en una mano y la otra extendida hacia la tierra, como diciendo: *Aquí estamos y aquí nos quedaremos*, sobre la base inviolable de la libertad y de la justicia!

La vigorosa y sencilla estatua de Tabacchi se levanta delante del nuevo palacio de la *Gazzetta del Popolo*; en el cual se conserva como una reliquia preciosa la antigua prensa á mano, con que se imprimieron en 1848 los primeros números del diario, aumentando después, pero sin cambio en la firmeza y en las ideas. En las ideas no; me es grato tener que corregirme. Los sucesores de Bottero han dado un gran paso adelante en la vía de la política social; creo que en esto han faltado á la fe de su padre intelectual bajado al sepulcro, puesto que cada generación tiene su misión, y Bottero,

aunque se había quedado inmóvil, señalaba siempre sin embargo el porvenir. Su deuda la ha cumplido él, y por esto se inclinan ante su efigie de bronce hasta los precursores de una sociedad diversa de la que él creyó inmutable en sus reglas fundamentales. Feliz fué la idea del escultor de ponerlo sobre un pedestal ancho y muy bajo, casi á nivel del suelo, como para acercarlo á la gente que pasa, para confundirle con el pueblo al cual, en vida, fué tan familiar y querido. Al pasar al lado de su estatua, los obreros dirán todavía, como decían al verlo vivo.—Es el *doctor*,—y le sonreirán con la franqueza antigua. Y así, él tendrá la gloria que ha deseado más afectuosamente en medio siglo de trabajo honrado y de batallas fecundas.

SIMPATIA

Es esta una de las palabras más dulces de nuestra lengua; y el sentimiento que ella significa, tiene en la vida de cada individuo y en la vida social una grande importancia; porque muchísimos actos nuestros no son determinados más que por este sentimiento y la felicidad de innumerables criaturas humanas estriba únicamente en saberla inspirar. Pensemos cuantos favores y auxilios é indulgencias y preferencias, en todas las clases de la sociedad y en cualquier orden de cosas, no tienen más causa que la simpatía. El hada caprichosa, distribuye cargas y honores, habla al oído de los examinadores y de los jueces, elije entre pobre y pobre á quien ofrecer la limosna, á muchos sugiere el nombre del confesor y del

aunque se había quedado inmóvil, señalaba siempre sin embargo el porvenir. Su deuda la ha cumplido él, y por esto se inclinan ante su efigie de bronce hasta los precursores de una sociedad diversa de la que él creyó inmutable en sus reglas fundamentales. Feliz fué la idea del escultor de ponerlo sobre un pedestal ancho y muy bajo, casi á nivel del suelo, como para acercarlo á la gente que pasa, para confundirle con el pueblo al cual, en vida, fué tan familiar y querido. Al pasar al lado de su estatua, los obreros dirán todavía, como decían al verlo vivo.—Es el *doctor*,—y le sonreirán con la franqueza antigua. Y así, él tendrá la gloria que ha deseado más afectuosamente en medio siglo de trabajo honrado y de batallas fecundas.

SIMPATIA

Es esta una de las palabras más dulces de nuestra lengua; y el sentimiento que ella significa, tiene en la vida de cada individuo y en la vida social una grande importancia; porque muchísimos actos nuestros no son determinados más que por este sentimiento y la felicidad de innumerables criaturas humanas estriba únicamente en saberla inspirar. Pensemos cuantos favores y auxilios é indulgencias y preferencias, en todas las clases de la sociedad y en cualquier orden de cosas, no tienen más causa que la simpatía. El hada caprichosa, distribuye cargas y honores, habla al oído de los examinadores y de los jueces, elije entre pobre y pobre á quien ofrecer la limosna, á muchos sugiere el nombre del confesor y del

médico y del candidato, á veces apuntala la poltrona de ministros ineptos, y fuerza no pocas veces á la fama para que corone á los medianos, y con frecuencia también prolonga la caricia materna más sobre la cabeza de un hijo que sobre la del otro.

Ella es, ciertamente la que crea los Benjamines insolentes y las cenicientas infelices, quien dicta testamentos infucos y críticas parciales y siembra envidias y celos en las escuelas, en los talleres y en los ejércitos; ella es quien, con demasiada frecuencia, nos hace anticipar demostraciones de estimación que luego nos vemos obligados á recoger, hacer promesas de que luego nos arrepentimos, y excusar debilidades y cerrar los ojos sobre errores y hasta proteger culpas; por lo cual la conciencia nos remordará seguramente. Pero, en cambio, ella es también la que tiende entre los hombres próximos y remotos una trama infinita de relaciones benévolas las cuales se entrecruzan con aquellas otras ásperas y mudables de los intereses y muchas veces las suavizan ó las refuerzan. Ella es quien aproxima

y liga á los hombres de opuestos principios políticos, creyentes é incrédulos, poderosos y humildes, doctos é ignorantes; ella es quien improvisa las amistades, prepara el amor, estimula la caridad, enardece el arte, refina la cortesía, y ennoblece las almas en donde nace y aquellas á quien se dirige. Si alguna vez, nos induce al mal, no es por efecto de su propia naturaleza: en ella no hay más que el bien: el mal está en nosotros que de inspiradora la hacemos tirana, como del licor que alegra el alma hacemos el veneno que la pervierte.

*

Es viva, fantástica y pronta; se encuentran dos miradas, y surge. El trabajador de la calle que al oír el pisar de dos caballos levanta la cabeza del ingrato trabajo, para lanzar por los ojos el rencor contra el ocio señorial que se pavonea en coche, mientras él suda, serena de pronto la frente y cambia en el corazón apenas ve el semblante de la señora, cuya mirada serena y dulce, al pasar, se encuentra con la suya.—Simpá-

tica!—dice, y guarda para otros su rencor. El hombre ligero que visitando por vez primera un presidio, no experimenta otro sentimiento que de horror y repugnancia, ve de pasada entre cien caras torbas, una que en el acto le hace pensar allá en su interior, en un error de la justicia y hace vacilar en su mente el concepto estrecho y simple del delito, y despertará después en su corazón, siempre que le recuerde un sentimiento de curiosidad reflexiva y piadosa.

El niño que acaba de entrar en el colegio angustiado al pensar en la familia ausente, llorando á escondidas, ve entre los muchos que pasan á su lado un compañero, cuyo aspecto despierta en su alma un presentimiento de protección y de consuelo, que le corta las lágrimas y le hace pensar:—Ya no estoy solo.

Recogido en el hospital de una ciudad extranjera, oprimido por un sentimiento de soledad infinita, el pobre emigrado descubre entre las caras indiferentes de los que le curan y le asisten por obligación, un rostro desconocido que le hace pensar:—No

moriré abandonado; hacia él volverá desde aquel instante todos sus pensamientos, y á él será á quien llame con su mano temblorosa á su cabecera cuando sienta acercarse la muerte.

Y el viajero sorprendido, rodeado por multitud de salvajes armados, en medio de aquel centenar de figuras inhumanas, hostiles y amenazadoras, advierte á primera vista un rasgo por el cual comprende que no todo es ferocidad en aquellas almas, que no hay que perder la esperanza; una mirada fija y oscura como la de los demás, que parece decirle:—No temas; también nosotros sentimos piedad; no morirás.—Efluvios instantáneos, chispas eléctricas, relámpagos de sol de la simpatía.

•

Y qué es lo que propiamente despierta la simpatía? No siempre, ni siquiera entre uno y otro sexo, sino muy rara vez, la belleza del rostro; en la cual casi siempre la expresión de la conciencia de sí misma turba ó esconde la de otros sentimientos

que llegarían á inspirarla. No siempre es tampoco la habitual expresión de la figura, puesto que la simpatía no se nos despierta en muchos casos más que por algunos rasgos particulares y fugitivos; no por la sonrisa, sino por ciertas sonrisas; por detalles del alma que pasan por los ojos, revelando un orden determinado de pensamientos, y casi por imprevistas transparencias de la cara, que solo por un instante dejan ver dentro la bondad, la nobleza, la dulzura, ó también debilidades y defectos y pasiones que nos son comunes. Nace otras veces la simpatía por reflexión, por una semejanza vaga de ciertas personas con otras que nos son queridas, ó que nos lo fueron, ó del hecho de que ellas reclaman á nuestra memoria gentes y casos alegres de otros tiempos, ó fantasmas predilectos de nuestra imaginación, ó porque nos dan indicio de una originalidad de carácter amable ó placentero, que nos inspira curiosidad, como el título ingenioso de un libro. En el brillo de la púpila está, sin duda, principalmente la virtud que la mueve, en un rayo que nos va

derecho y límpido al corazón, de donde remonta y vuelve á salir por nuestros ojos; pero en gran parte también está en la boca, que tiene un lenguaje suyo propio de gestos y movimientos, independiente del lenguaje hablado, y que viene á ser como un comentario mudo, indefinido, pero efficacísimo de la expresión de los ojos. Y qué es este lenguaje? Misterio, como la virtud de la melodía. Cosa extraña! La experiencia nos enseña que no bastan treinta años de trato íntimo para llegar á conocer el fondo de la naturaleza de un hombre; y basta sin embargo la primera mirada dirigida hacia nosotros por un desconocido entre trecientos para hacernos decir:—Solo á éste, teniendo que elegir, confiaría yo mi secreto, le entregaría mi caudal, le confiaría mi hijo.—Maravilloso, más que toda maravilla del cielo y de la tierra, es el espectáculo que nos brindan estos innumerables espejitos vivientes, que reflejan los infinitos movimientos del ánimo y en los cuales basta una sombra, un guiño, un centelleo para atraernos como la promesa de un bien ó

para rechazarnos como la amenaza de un daño.

En cualquiera reunión de gentes desconocidas, al paso de una muchedumbre y por las calles todos los días, recibimos la impresión súbita de una ó de varias caras simpáticas, que el ojo discierne entre todas las demás como si resplandecieran. Hay en esto días afortunados, otros menos, y otros, al contrario; y no solo por efecto de la casualidad, ya se comprende, sino también por el distinto alcance que da al ojo el estado mudable del ánimo. Del encuentro que alguna vez nos ocurre, aun cuando sea este fugitivo, deriva el buen humor de todo el día. Algunos quedan impresos en nuestro pensamiento para siempre; otros vagamente bosquejados y por poco tiempo; los más se olvidan, y de varios de ellos permanecen en la memoria la impresión pero no la imagen, la hornacina pero no la estatua. Remontando nuestra vida hasta la infancia, encontramos todos en la mente un número mayor

ó menor de estas caras marcadas con un nombre ó anónimas, iluminadas únicamente ellas en medio de la innumerable multitud que pasa por delante, destacándose por lo general sobre el fondo de los lugares donde se nos aparecieron, en el teatro, en el tren, en un salón de la fonda, en la esquina de una calle; rostros de gentes de todas edades y condición, algunos de cuerpo entero, otros en busto, como efigies de moneda; mudos los unos, hablando otros con vez que resuena en nuestra alma apenas se nos presenta su imagen; formas de desconocidos con quienes cambiamos pocas palabras, ó cortesías silenciosas, ó también solamente una mirada con la que nos expresamos mutuamente el deseo de conocernos y la pena de separarnos. Y sería útil fijar en la memoria, volviendo á pensar en ellas y aun anotándolas con la pluma, estas apariciones humanas que son como palabras dulces y confortadoras que la gran voz confusa de la humanidad nos dice, notas suaves cogidas al vuelo en el inmenso rumor de las batallas y de las tempestades

de la existencia. Juntamente con las personas familiares á quienes amamos son estas fantasmas amables las que forman la cohorte guardiana de nuestro optimismo; en medio de la cual nos refugiamos con el pensamiento en los días de rabia y de desconsuelo, para salvarnos de las tentaciones del odio y defender lo que nos queda de bueno en el corazón.

De estas simpatías se encuentran en todo lugar y en toda clase de gentes, y es razonable argumentar que habríamos encontrado en doble número si hubiéramos vivido en un círculo social mayor del doble de aquel en que hemos vivido y así sucesivamente; pues que á todo el que se pregunte que viva lejos de nosotros, nos responderá que también él conoce un cierto número de personas simpáticas á quienes le ocurre encontrar frecuentemente. Pues bien, semejante multiplicación debemos nosotros hacerla con el pensamiento para confiar en la humanidad; que es como decir: hacer lo

contrario de lo que suele hacer el pesimista, el cual no multiplica en su imaginación más que las caras antipáticas. Es cierto que de estas encuentra á su alrededor un mayor número del que á nosotros se nos presentan; pero el suyo es un juicio subjetivo como el nuestro; porque si la simpatía nace de un reflejo que se ve en los demás, de nuestra propia alma, ¿cómo ha de poder él, predispuesto á la malevolencia, ver reflejado en bondad y en nobleza sobre el semblante de sus semejantes su mirada fría y hostil? Contesta el pesimista que él era lo mismo que nosotros antes de haber alcanzado experiencia de los hombres, y que esta es la que le ha hecho cambiar. Puede ser: pero ¡qué extraño! La experiencia de la maldad humana que á todos se nos ofrece con más frecuencia que la bondad, poco ó nada puede sobre quien tiene vuelto el rostro más hacia la benevolencia que hacia la aversión; porque siempre en estos, después de cada desengaño, renace la ilusión por la necesidad que sienten de mantenerla viva, no pudiendo acomodarse á la vida sin ella

como elemento inexcusable de su felicidad. Y si el pesimista replica:—Por consiguiente vuestra ilusión es voluntaria ¿qué importa? Quizá no necesita él también ilusiones para vivir y no se las crea, ya que no por otra cosa con respecto á sí mismo, que para poderse creer con derecho á despreciar al prójimo, ó con respecto á contadísimas personas á quienes excluye del desprecio universal, para quitar á éste la apariencia de una pasión ciega? No estamos todos fabricándolas continuamente, sin cansarnos jamás, con tantos más sutiles artificios cuanto más nos alejamos de la edad en que nacen espontáneamente? Y cuando las ilusiones son tales que embelleciéndonos la vida, sirven á los demás, por qué hemos de rechazarlas y renunciar á ellas, imitando al insensato que se tapa los oídos para no oír la música por la razón de que ella transporta su espíritu fuera de la realidad de la vida?

Pocas simpatías imprevistas las cambia la suerte en amistades; estas no suelen na-

cer más que de la costumbre, y no pocas después de un largo período de contrastes y de reconciliaciones. Frente á ellas las amistades nacidas de la simpatía son como los matrimonios por amor con respecto á los de conveniencia. Su procedimiento es rapidísimo, puesto que todo está por ambas partes admirablemente dispuesto. Para encontrar un *modus vivendi* con otros se ha bregado años y años, y con este recién venido nos sentimos de repente unidos á él con cien lazos sutiles y muy flexibles, que nos aprietan y nos dejan sin embargo á nuestras anchas al mismo tiempo, y resisten sin exigir cuidado de preservación alguna. Bastan toques de ensayo, y en ambos responde la misma nota al mismo toque como en dos instrumentos de música bien afinados. A veces también ocurre lo contrario: descubrimos entre nosotros muchas discordancias imprevistas de ideas y de gustos; que no son irreductibles, porque debajo de ellas sentimos una fuerza mayor, casi un vínculo de parentela que nos mantiene unidos. En todas las edades encontra-

mos alguno de estos amigos preparados por la naturaleza y que se nos presentan al acaso, de improviso ocupando uno de los lugares más inmediatos á nosotros, con sorpresa de nuestros íntimos, que por lo general les acogen de mala gana, como aventureros de la amistad, usurpadores de sus antiguos derechos. Qué agradecidos son sobre todo en la edad madura, estos que acaban de llegar por el atajo de la simpatía. Pensábamos no poder tener ya ningún agradable encuentro en la vida y la suerte nos dice:— Ahí tienes uno más de tu familia.— Quizá llega demasiado tarde si no se quiere ya recibir á nadie más; se le hace una cortés acogida y no se le vuelve á abrir la puerta, pero no sin pesar de que no se haya vuelto á presentar pasado algún tiempo. Y sin embargo, aun cuando se haya llegado á este extremo, se está continuamente en una especie de expectación ansiosa de que alguien se presente. Es esto tan cierto, que reflexionando sobre ello lo pasaríamos mal si tuviéramos absoluta certeza de que en todo lo que nos resta de vida no habíamos de

conocer á persona alguna que nos pueda inspirar un sentimiento de amistad. Hay en esta facultad de la simpatía como una promesa constante de alguna aparición inesperada y agradable, que nos ensanche y colorea con una luz vaga el horizonte estrecho y torvo del porvenir.

Todos pasamos con respecto á este sentimiento por tres períodos, de los cuales el primero y el último, se asemejan como el crepúsculo de la mañana y el de la tarde; y el período intermedio es una estación muerta. En la primera juventud, cuando el mundo nos tiende en amistosa actitud aquella mano (que luego crispará para arañarnos y cerrará para golpearnos), y rendido muestra que como un señor nos acoge y llama, estamos abiertos y prontos á la simpatía como al amor: toda cara que nos sonrío nos es simpática, porque todo lo que nos dice de bueno y de hermoso la figura humana, lo creemos; y también porque verdaderamente tratando con jóvenes, el hombre se

finge mejor por conservar la estima y la benevolencia inmerecida de quien sabe que en su alma llena de ilusiones tiene amplia cabida. Más tarde, habiendo sufrido el primer desengaño de la hipocresía y de la miseria humana, desilusionados y ofendidos, nos echamos por resentimiento en el extremo opuesto, y sospechando casi siempre el engaño nos inclinamos á decir á toda cara simpática:—Tú mientes.—Pocos son los que logran vencer nuestra desconfianza; ménos aquellos hacia quienes nos sentimos atraídos á la primera mirada, como en el pasado, por un impulso benévolo es la estación en que florece la planta de la antipatía.

Llegados á la edad madura sin embargo y habiendo adquirido una mayor experiencia de la vida y comprendiendo que el alma humana es un abismo oscuro lleno de costumbres y de misterios, volvemos á abrir el corazón á la simpatía como en los primeros años; no porque renazcan en nosotros las ilusiones de aquel tiempo, sino porque precisamente de la comparación de

gran mal cuya existencia hemos reconocido en el mundo con el poco bien que en nuestra imaginación brilla, adquiere este mayor valor en nuestro concepto; porque el mejor conocimiento de los dolores y de las miserias comunes y la conciencia adquirida de nuestros defectos y el recuerdo de nuestros errores nos hacen más indulgentes para las debilidades y para los defectos ajenos; porque reconocemos que toda superioridad de la mente; que la fuerza del carácter, que la doctrina, que la experiencia misma, que todo en suma es vano, estéril, mentiroso, si no conduce á la tolerancia, á la benignidad, á la dulzura; porque sentimos como una necesidad de acercarnos á aquella humanidad de la cual estamos á punto de separarnos dejándole nuestros hijos y nuestras esperanzas, y de la cual si hemos recibido ofensas y dolores, de ella nos han venido los mayores goces que la vida nos ha procurado! Otra vez entonces, ante nuestra mirada de jueces tranquilos en quienes al entusiasmo antiguo ha sucedido la piedad que embellece también su objeto propio,

vuelven otra vez á presentarse con frecuencia las caras que despiertan simpatía, y más fácilmente, como en la juventud, nos satisfacemos con la primera impresión absteniéndonos de indagaciones, que traen el peligro de la desilusión, y amamos también el engaño sospechado ó sufrido como una esperanza consoladora.

Quien pretendiera clasificar las simpatías, tendría que poner en primer lugar á las simpatías tristes, engendradas por la piedad, que en las almas nobles son las más frecuentes y las más francas y profundas en cualquiera edad de la vida. Abarcan estas una familia muy variada de gentes de todas edades y castas; en la cual están personas desconocidas que solemos encontrar en determinados sitios, á ciertas horas, siempre con aquella señal de dolor inmóvil en el semblante; solitarios abrumados por la vida, que han rendido las armas, que nada piden ya al mundo, que ceden el paso á todos, humildes, como gentes que se con-

sideran de una raza inferior y quieran hacerse perdonar la propia existencia; caras de almas resignadas desde la infancia á una suerte infusa, que tienen todas las delicadezas para sufrir y ninguna fuerza para defenderse; y parece que al que encuentran á su paso no le piden más que no les tropiecen ni se burlen de ellos. Son á la vez víctimas manifiestas de duras tiranías domésticas, enfermeros pacientes y amorosos de padres inválidos, muchachas honradas y dulces, ajadas, sin amor al servicio de madres egoístas y pobres seres apenas tolerados en su propia casa, donde comen el pan de la humillación y son el estropajo de todos, y padres de familia desdichados para quienes la casa es un infierno y la calle un refugio. Y son también empleadillos miserables y vejados, á quienes la constante sumisión y el terror de perder el pan han encorreado á la vez que el espinazo el alma débil y buena; soldados ingenuos y rústicos, que con sus ojos tristes están diciendo que son el «chazme-reir» y los mártires de la compañía; pobres jóvenes afligidos y envi-

lecidos visiblemente por una deformidad que hace sonreír al que pasa; maridos triturados, mujeres infelices, enfermos sin esperanza, esclavos deshechos por el trabajo, restos de hombres triturados por la sociedad y por la fortuna, que sin embargo conservan en su mirada dolorosa la dulzura de un corazón no entristecido por la desgracia.

Todos los reconocemos al encontrárnoslos por la calle, y sospechamos lo que en su interior pasa, y pensamos en ellos estando lejos, y sentimos por ellos una simpatía llena de piedad; pero de piedad amistosa, fraternal, la cual sufre de no poderse expresar en actos y en palabras, de no poder hacer otra cosa cuando pasan á nuestro lado, que besarles en la frente con una mirada.

Frente á este hay otro orden de simpatías que podríamos llamar «la simpatía sonriente.» Los que nos la inspiran son en cierto modo los graciosos de la gran compañía dramática humana, ejemplares dispersos de una humanidad más alegre que la

nuestra, caídos del cielo como por casualidad en este mundo melancólico. Quién no ha conocido alguno, cuyo sólo recuerdo le hace sonreír, aun en medio del dolor? La naturaleza por lo general les ha dado una máscara cómica; mas á no pocos también una cara grave, en la cual no se descubre indicio alguno de su índole. Estos son los más agradables porque la alegría de su espíritu tiene mayor eficacia al llegarnos inesperada, como las salidas bufas de los sonetos serios, y por el trato continuo de ella con sus modales, casi siempre estudiantamente conformes, por razón artística con su aspecto. Una mirada, un gesto, un movimiento de la boca les da á conocer. En medio de una multitud agrupada de improviso por un accidente, solo con un movimiento, muchas veces con una sola palabra hacen estallar lo que Leopardi llamó «la locura pasajera.» Se les reconoce en las tablas donde su buen humor invencible, rebelde al drama lacrimoso, se pega á todos los que están cerca, y muchas veces un gesto sencillo de su rostro rompe en un grupo de es-

de la existencia. Juntamente con las personas familiares á quienes amamos son estas fantasmas amables las que forman la cohorte guardiana de nuestro optimismo; en medio de la cual nos refugiamos con el pensamiento en los días de rabia y de desconsuelo, para salvarnos de las tentaciones del odio y defender lo que nos queda de bueno en el corazón.

De estas simpatías se encuentran en todo lugar y en toda clase de gentes, y es razonable argumentar que habríamos encontrado en doble número si hubiéramos vivido en un círculo social mayor del doble de aquel en que hemos vivido y así sucesivamente; pues que á todo el que se pregunte que viva lejos de nosotros, nos responderá que también él conoce un cierto número de personas simpáticas á quienes le ocurre encontrar frecuentemente. Pues bien, semejante multiplicación debemos nosotros hacerla con el pensamiento para confiar en la humanidad; que es como decir: hacer lo

contrario de lo que suele hacer el pesimista, el cual no multiplica en su imaginación más que las caras antipáticas. Es cierto que de estas encuentra á su alrededor un mayor número del que á nosotros se nos presentan; pero el suyo es un juicio subjetivo como el nuestro; porque si la simpatía nace de un reflejo que se ve en los demás, de nuestra propia alma, ¿cómo ha de poder él, predispuesto á la malevolencia, ver reflejado en bondad y en nobleza sobre el semblante de sus semejantes su mirada fría y hostil? Contesta el pesimista que él era lo mismo que nosotros antes de haber alcanzado experiencia de los hombres, y que esta es la que le ha hecho cambiar. Puede ser: pero ¡qué extraño! La experiencia de la maldad humana que á todos se nos ofrece con más frecuencia que la bondad, poco ó nada puede sobre quien tiene vuelto el rostro más hacia la benevolencia que hacia la aversión; porque siempre en estos, después de cada desengaño, renace la ilusión por la necesidad que sienten de mantenerla viva, no pudiendo acomodarse á la vida sin ella

pectadores el efecto de una escena patética que conmueve á todos los demás. En fuerza de su humor, muchos de ellos, de condición humilde, se ganan la amistad de hombres poderosos y aburridos, que nadie más que ellos consiguen divertir; y van adelante en ciertas carreras sólo en gracia de esta simpatía cómica que inspiran; y salen de muchos pasos difíciles en los cuales otros se atascan, aplacando con una palabra la cólera de los superiores, haciendo refr á los jueces en los tribunales, riéndose inocentemente de los enemigos, que al refr ellos dejan caer las armas de la mano. Y no se deriva tan sólo del efecto agradable que en nosotros produce la simpatía que ellos despiertan; sino del fondo de bondad y de franqueza infantil que bulle bajo aquella sonrisa; porque el malo y el disimulado no tienen una risa que se comunique, ni una jovialidad tan constante y serena; y es más fácil hacer llorar á quien ríe con frecuencia, que no á quien no ríe jamás. Son el consuelo público, portaestandartes de la traversura, caricaturistas amables del género

humano; á quienes la naturaleza ha confiado el oficio de representar la parte bufa de la vida para amonestarnos á que no tomemos con demasiada seriedad nuestras miserias, ni aun á nosotros mismos. A muchos de ellos no les conocemos más que de cara y por su reputación; pero basta á regocijarnos sólo su aspecto que nos trae á la memoria amigos y conocidos de la misma estampa, y horas divertidísimas, grandes y sanas risotadas de otros tiempos; así que, al encontrar su mirada, tenemos que volver la cabeza para esconder la sonrisa, que podría parecer de burla cuando es de simpatía; de una simpatía viva que nos hace buscar á veces por caminos indirectos y con muchas instancias, como si se tratara de hombres célebres, su alegre amistad.

Las más vivas para todos y en cualquiera edad, son las simpatías femeninas, y se sobrentiende las simpatías puras: un sentimiento que es respecto del amor, lo que el alba al día; pero un alborear inmóvil al

cual no sucede el sol. Todos tenemos en la memoria un pequeño firmamento de estas estrellas pálidas, cuya luz no sólo no movió sino que aquietó el hervor de nuestra sangre juvenil y puso en nuestra alma un sentimiento de admiración dulce y tranquila, llena de ternura. Simpatías nacidas en un encuentro, y que duran años y más años, ignoradas por parte de la persona que las inspira, ó sospechadas más bien que advertidas, en las cuales jamás surge un deseo que las desnaturalice, ni siquiera un pensamiento que las empañe. A veces es la belleza unida al aspecto bondadoso quien las inspira; pero siempre es la bondad la que tiene mayor parte; tanto, que con frecuencia, admirando esta, no se advierte siquiera aquella, como no se atiende á la belleza de la flor, mientras se está aspirando su perfume.

No son sin embargo las más de las veces las mujeres hermosas: son caras en que la forma no es nada y la luz lo es todo; ojos afectuosos en los cuales parecen brillar dos lágrimas inmóviles; bocas en las que está

como estampada una palabra dulcísima, que dan idea de una idea noble que ha tomado carne y color de púrpura; y hoyuelos que sonríen como dos ojos, y cuellos delgados como cansados, inclinados en la actitud como de quien consuela, compadece y perdona. Hay también un no sé qué de maternal en formas todavía de niña; de virginal y de ingenuo en caras en que se señalan las ofensas del tiempo y del mundo, una mezcla de timidez monacal, de gracia espiritual de convalecientes, de tristeza meditabunda, de desterrados ó de prisioneros. Y es alguna vez la voz, oída al pasar, en la cual la expresión también de un pensamiento alegre, tiene un sonido suave de melancolía, con un temblor ligerísimo de emoción y casi de llanto, y acentos acariciadores de palabras murmuradas en las almohadas á los niños y á los enfermos.

Lo desconocido pasa y desaparece; pero nos queda en la mente por largos años, quizá para siempre, aquella imagen querida y respetada de amiga, de hermana, de hija, de madre. ¿Qué importa que la razón nos

diga que ella no será tal cual aparece? tal apariencia es también una realidad, y una realidad es la viva y pura simpatía que ella despierta en nuestro corazón; y nosotros amamos en su forma el alma bella que nos infunde su pensamiento.

*

Quizás la simpatía más extraña es la de los hombres entrados ya en años hacia los jóvenes: aun cuando muchos hagan ostentación de ella por aquella misma razón que nos hace acariciar con frecuencia á quien envidiamos, para disimular la envidia y prevenir también la sospecha. En la nueva generación la mayoría no ve más que un enemigo, invasor y dilapidador hambriento de todos sus bienes. Pues bien: cómo se puede permanecer cerrados á la simpatía ante la sonrisa que parece que se difunde de la persona como un resplandor; ante el hermoso sentimiento, que nace casi de un sentimiento de inmortalidad terrena y como excitado por una música secreta de guerra, con la cual el joven pide al mundo su parte

de alegría, de gloria y de amor; ante aquella pronta é impetuosa pasión con la cual él cree, promete, propone, emprende y aplaude, y condena y perdona; ante aquellas hermosas cabezas morenas de caballeros de aventura del ideal, que se inclinan en actitud de asentimiento reflexivo á quien predice las asperezas y las angustias de la vida, pero despidiendo de sus ojos un chisporroteo que dice que no, que no es cierto, que el mundo es hermoso, y herencia suya, y que sienten en su mano el hilo de la fortuna? Oh hermosas caras de veinte años, que acuden á nuestra memoria, en las cuales al rayo precoz de una virilidad gallarda se mezcla todavía un crepúsculo sonrosado de la niñez, rostros en los cuales fulgura la alegría triunfante del primer amor y el orgullo del ingenio que surge, caras veladas ya por la tristeza como por un presentimiento de la mentira del mundo, que os replegáis aun sobre el seno de la madre y conocéis todavía las lágrimas de la infancia, rostros resplandecientes de vida y bullendo de impaciencia, en los cuales vemos brillar

el reflejo de todas nuestras esperanzas antiguas, de nuestros entusiasmos muertos y de nuestros afectos perdidos: ¡venid, imágenes queridas, á salvarnos del odio de la juventud, cáncer de la vejez egoísta! Porque en todos los hombres maduros y viejos, que guardan por la juventud una simpatía sincera y se alegran ante su presencia, hay ciertamente algo de bueno y de generoso, ó está dispuesto el ánimo por lo menos á una tranquilidad digna y prudente; mientras que los otros, á quienes es odiosa la juventud, no son más que fieros rebeldes á la ley de la vida, roídos por el veneno de los tardos deseos y de las pasiones impotentes; que allá abajo de la pendiente por donde se precipitan quisieran derribar consigo el mundo.

*

Flores de simpatía nos ofrece también la vejez sana y tranquila, por la risa sonora y todavía juvenil que parece el toque de victoria de la fuerza humana sobre el tiempo; de una simpatía que nace en parte de la gratitud, porque aquel florecimiento senil

del cuerpo y del espíritu nos proporciona una imagen confortante de la edad que nos espera y que tememos. Pero cuántos simpáticos no hay también entre los viejos contrahechos y enfermos, en los cuales, por las calles, no se detiene más que la mirada burlona de los mal nacidos! Es el tipo de una familia no pequeña, el viejecillo pobre y medio, contrahecho, que se ve completamente solo sobre un banco de los jardines públicos, el cual para nosotros (que por acaso nos hemos sentado á su lado), animado por alguna palabra cortés, cuenta con jovial verbosidad su vida, revelándose ameno original, conocedor de países lejanos, observador penetrante de los hombres, casi analfabeto, pero repleto de sana filosofía y todavía benigno con el mundo que le ha arrojado de su seno como un martillo roto, después de medio siglo de trabajo mal pagado. Otros despiertan una simpatía más viva, porque vienen á ser para nosotros sueños de ilusiones lloradas y reverenciadas. ¿Es gracia ó crueldad del acaso la que nos presenta por la calle, en la forma de

un señor encorvado, algo de lejos, la dulce ilusión de volver á ver á nuestro padre en la tierra; ilusión producida por una vaga semejanza, que al acercarse el desconocido amengua ó se desvanece, pero que nos hace detener el paso sin embargo, y fijar en aquel rostro una mirada que atrae la suya, produciendo en nosotros una expresión de estupor benévolo, cuya impresión guardará siempre nuestro corazón? Busquemos, recorramos en nuestra memoria la región de las simpatías: todos hallaremos en ella, entre la multitud de los desconocidos, hermosas caras de viejos soldados inválidos, que llevan valientemente sus achaques, con el rostro sonriente ante la imagen de la muerte que sabrán afrontar sin miedo y sin lamentos; caras honradas y amorosas de abuelos encorvados, que llevan de la mano un niño, tirano é ídolo suyo, menos gentil de contemplarse que ellos; canas severas y nobles, cuya belleza hace tiempo envidiamos, como testimonio de una vida laboriosa y útil, y á las cuales naturalmente, sin conocerlas, habremos abierto el ánimo y

pedido un consuelo ó un consejo, como á antiguos amigos de nuestra casa. Simpatías delicadas, semejantes á la admiración dulce y grave que producen las hermosas puestas de sol de invierno.

Singulares y dignas de estudio profundo son las simpatías literarias. Sólo por las simpatías puede explicarse cómo muchos escritores, que no tienen en su arte ni ideas originales, ni formas propias, y ni siquiera son estimables por excelencias de imitación, no por otra virtud que la índole del alma que se trasparenta aun en las obras suyas menos sugestivas, tengan mayor boga que muchos escritores poderosos, cuya persona moral permanece como escondida á la mirada de los más por la profundidad del pensamiento, vestido con formas nuevas y admirables, separadas del gusto común. No está en lo que ellos dicen su fuerza atractiva, ni tampoco en la forma en que lo dicen; sino en el metal y en la modulación de su voz.

No hay escritor, aun entre los medianos, que si es de ánimo noble y sincero en la expresión de sus afectos, no cuente con una familia dispersa de admiradores, que encuentren en él maravillas y tesoros velados á todos los demás, que lo exalten entre los amigos y lo pongan muy por cima de otros á quienes él ni siquiera se atrevería á compararse. El más desvalido artista de la pluma, entre los que no están demasiado más bajos que la medianía, enarbola una bandera inconscientemente, en la cual una legión ó una cohorte ó una centuria á lo menos de lectores próximos y remotos reconoce una enseña de fraternidad que la hace amar; y por esto llega á ser un pequeño guía y maestro de almas, de quienes casi siempre le llega inesperadamente el aplauso; sobre lo cual se funda la sentencia muy justa de un escritor francés: «Que los escritores ilustres deberían leer más libros de escritores desconocidos», porque en cada uno de estos se encuentra la clave de algún pequeño repliegue del corazón humano. Y también entre la fila numerada de los lectores doctos

y perspicaces, cuantas injusticias no hace cometer la simpatía. Si por acaso son en afecto simpatías; porque la simpatía puede conceder la moda que pasa, no la fama que persiste; y la victoria final y duradera queda siempre para aquellos ingenios grandes de quienes la mente de los más no abarca la grandeza de pronto. La simpatía por el contrario, es justicia, cuando es compensación á la gloria fallida, buscada con nobles y largos esfuerzos; cuando se dirige á los paladines mal armados y nunca afortunados, pero constantes é intrépidos, de una idea grande, á los divulgadores sencillos y eficaces de sentimientos benévolos, á aquellos modestos trabajadores de la mente que difunden en lluvia de tenue luz, los tesoros de pensamiento que, vibrando en haces de rayos en el genio, ofuscan y confunden las inteligencias comunes. A estos es premio merecido la simpatía, hermana menor de la gloria.

¡Y las simpatías políticas: ¡qué campo de

observación! Todo hombre público que haya hecho ó haga hablar mucho de sí, cualquiera que sea la levadura de su ingenio y la importancia ó el valor de su obra, es para un cierto número de sus paisanos, de sus correligionarios especialmente, un hombre grande, el único salvador posible del país, más grande que su tiempo, desconocido por la nación estólida ó ingrata. Y no sólo son los clientes que chupan de él ó que esperan de él algo, sino admiradores lejanos, desconocidos para él, los que tienen en su casa el retrato, siguen sus vicisitudes con amor asiduo, lo ven en cualquiera palabra suya ó en cualquier hecho, un rasgo de genio, y lo levantan sobre los escudos en los cafés ó en las tiendas del pueblo, saltando á cada ofensa hecha á su nombre como si fuera una ofensa hecha á ellos mismos.

Y no se deriva tanto la simpatía de la conformidad con sus ideas políticas como de ciertos caracteres y cualidades de la mente y del ánimo del personaje político, reales ó supuestos por ellos, ó de sucesos particulares de su vida, y también de su aspecto fi-

sico, y por último del solo hecho de haber tenido ellos una vez el honor de acercárseles y de haber sido recibidos con cortesía. Es tan fuerte y tan tenaz en muchos este sentimiento que á veces sobrevive á las más innobles caídas de su dios; de quien obstinadamente excusan los errores más culpables y se resisten hasta el último en reconocer las faltas más manifiestas, limitándose á decir, cuando no pueden otra cosa: — Todo eso, será verdad, tendréis razón todos; pero... me es simpático!

Y no sólo nacen estas simpatías en gentes de escaso cerebro y ánimo pequeño; y ni se sienten sólo hacia los hombres políticos vivientes; nacen tales simpatías prepotentes, también en espíritus elegidos y cultos y hacia personajes históricos de otros siglos, y crecen, cultivadas por largo tiempo, hasta llegar á ser una adoración, un culto exclusivo, que apaga en ellos con la más ciega injusticia, la admiración más justificada por sus émulos ó rivales, y no sólo de su tiempo, sino de otros. Bien lo saben

los autores de esas sartas de preguntas impresas, que se circulan por el mundo elegante; las cuales, entre otras cosas, en lugar de preguntar:—Cuál es para Vd. el más grande personaje histórico?—preguntan:—Cuál es el personaje histórico que Vd. *preferiere?*—Y aun entre los más imparciales de los ilustres escritores de historia, cuántos no hay en quien no se descubra una simpatía, que les hace recoger más la luz sobre una que sobre otra figura, y deslizar finalmente en pro de aquella las justificaciones y las excusas, y dar color más amoroso á las alabanzas, alguna vez con la clara conciencia de no ser justos, de ceder á la fuerza de un sentimiento, que será vituperado, pero que no pueden vencer? Ah, en todos los juicios que el hombre formule sobre el hombre y sus actos, desde el tribunal de la historia hasta el tribunal correccional, desde la más elevada crítica literaria hasta los exámenes de las escuelas elementales, fuerte ó tenue, atrevido ó tímido, advertido ó no por quien le acoje, obra el influjo de la gentil diosa... ó el de su hermanastra ene-

miga, que en todas partes se mete siguiendo sus huellas.

*

Y nos hace parciales suyos la simpatía hasta en el considerar á aquella parte de la humanidad á quien todos deberíamos mirar con el mismo sentimiento porque toda es inocente y débil de igual modo. Mil caras de niños, observadas por la calle, en las escuelas ó en cualquier otro sitio, vestidos de gala ó con harapos, hermosos y robustos, les echamos en olvido como corderos de un rebaño; pero otros, por el contrario, en brazos de madres desconocidas, encontrados quizá en ocasión en que un grave pensamiento atormenta nuestra cabeza, nos hacen detener como una nota de voz melodiosa oída al pasar, quedándonos tan grabados en la mente y en el corazón, como creaciones de pintores inmortales. Casi no pasa día que no encontremos á alguno que nos arrastra con impulso irresistible á hacerle caricias y que nos haga exclamar:—Si supiera pintar!—ó bien:—Si fuese míol—Y tampoco es en ellos las más de las veces la

belleza ó la robustez lo que nos atrae: es una idea de bondad y de gracia, una expresión particular de aquel estupor de recién venido al mundo, que es común á la primera infancia, ó la mirada dulce, casi amiga que fijan en nosotros, tendiendo los brazos, como si á ellos mismos les moviera también la simpatía, y alguna vez una contracción de llanto ligerísimo, pero que parece la señal de un gran dolor suplicante, imposible á su edad, el cual invoca consuelo y ayuda. Y también entre los más grandecitos, hay caras precozmente graves y tristes, que anuncian ya trabajos y cuidados domésticos, el instinto y el hábito protector de otras criaturas más pequeñas: caras que expresan una tranquila resignación de una infancia sin juegos y sin caricias, los cuales dicen con los ojos pálidos y con la boca amorosa y firme:—Soy débil, pero tengo valor; soy maltratado pero resisto, y amo á quien me olvida, perdono á quien me golpea, y seré siempre bueno y honrado, aun en la miseria.—Las simpatías por los niños son tan vivas, que nos hacen pasar y volver

á pasar por eiertas calles extraviadas de la ciudad para contemplar algunas caritas; y tan fuertes que nos hacen sentar todos los días con la imaginación del deseo, á alguno de estos hijos adoptivos entre los propios; tan afectuosas á veces, que nos hacen pensar con pena al ofrecer un regalo á los nuestros:—Pero ¿y aquel, mi simpatía, mi amiguito desconocido no va á tener nadal—y al besar en la frente á nuestro hijo, con el pensamiento va el beso paternal á posarse también sobre aquella cabeza.

Contribuye poderosamente á despertar este sentimiento por los niños y por los jóvenes desconocidos, el amor paternal, benéfico preservador de la juventud del corazón, cuando no lo ciega el orgullo y no lo pervierte el egoísmo de la sangre; aun para aquellos seres raros de ambos sexos que miran con corazón frío la infancia, si se les presenta esta bajo un aspecto nuevo, cuando ellos mismos son educados por sus propios hijos en la observación y en el amor

de la nobleza y de la gracia infantil. Desde la pequeña criatura á quien aman, se irradia su simpatía sobre toda la vasta familia humana de la misma edad, y luego del muchachillo sobre sus iguales, y del adolescente sobre los otros adolescentes, y del joven á los jóvenes; sobre cada uno de los cuales viendo un motivo de afecto, de goces y de afanes iguales á los que experimentan por el propio, sienten como un lazo que une á aquellos á este y á ellos. Aun en aquella edad en que el aspecto y el espíritu son menos amables, en la cual el muchacho es una caricatura moral del niño y un boceto anguloso del hombre, encuentran figuras simpáticas, porque son imágenes de sus hijos, cuya deformidad pasajera del cuerpo y del alma no la ven sus ojos. Y ni la muerte del hijo único mata estas simpatías, porque los padres que se han quedado huérfanos ven durante muchos años crecer su imagen en todos los niños coetáneos del suyo, aman la generación en que su criatura ha dejado un vacío. Simpatías dulces y dolorosas que nos llenan los ojos de lágr-

mas; figuras juveniles que se asemejan á él, sólo quizá en su porte y en el andar, pero que nos arrastran á seguirles por la calle, sin quitarles ojo hasta que desaparecen; amigos y compañeros suyos que no conocemos más que de nombre y de vista, y cuya presencia conmueve nuestro corazón, y á quien quisiéramos abrazar, preguntar, llevárnoslos á casa, haciéndoles sentar en el sitio vacío de nuestra mesa desolada, como si en su pecho hubiera quedado un soplo de su vida y sobre la cara un reflejo de su sonrisa! Oh terrible y santo amor paternal, demasiado fuerte para la fragilidad de la vida, suprema dulzura humana, que precedes demasiado á menudo á la angustia suprema! Pues bien, también para esta angustia son un suave consuelo aquellas dolorosas simpatías.

*

¿Mas ¿nos cuidamos nosotros bastante de educar á nuestros hijos en este sentimiento de la simpatía? Ah, no pocas veces expresamos en su presencia siendo todavía ni-

ños, sentimientos bien contrarios, y con la cara y con el acento nos complacemos en ello; con frecuencia nos oyen proferir aquellos juicios opuestos á la simpatía, sin fundarlos más que en el aspecto de la gente:— Me es antipático!—juicio tan fácil, que nos dispensa de aducir razón alguna de nuestra mala voluntad. Y así extendemos gérmenes de malevolencia que caen en su corazón y en él se desarrollan, por lo cual muchas familias son semilleros benéficos de antipatía. Si ésta llena nuestro corazón, deberíamos ya que no otra cosa tenerla guardada en él cuando ellos nos escuchan; no avezar á nuestros hijos al odio de los semblantes, que demasiado tendrán que odiar luego las almas. Deberíamos de hacer al revés de lo que hacemos de continuo con suma ligereza. Cuando ellos digan espontáneamente de una persona que no conocen:—Me es antipático—no servirles de eco y sonreír, ni aun cuando nuestro corazón consienta en ello; sino enseñarles cuán imprudente y difícil es juzgar por la portada del libro, del alma humana. Cuando dicen:—Me

es simpático—y nosotros no participamos de igual sentimiento, no sofocarlo, y dejar que la experiencia le transforme, se debe ocurrir el cambio. Educarles en la malevolencia y en el gratuito desprecio de sus semejantes es lo que suele decirse, enseñarles á librarse del mundo miserable; mas el mundo es miserable también por esto, que muchos se asoman á él desde los primeros años sin disposición alguna benévola ó indulgente; antes bien con entrecejo y corazón de enemigos. Así como el sentimiento de la belleza natural y artística se educa, el espíritu del niño reclamando su atención sobre cualquier cosa bella del arte ó de la naturaleza, así al sentimiento de la belleza moral debiéramos educar su corazón reclamando su mirada y sus simpatías sobre todos los aspectos humanos que sirven para darle á conocer. Pero, solemos decirles:—Mira que fea cara de perro!—y más á menudo y con bastante mayor gusto que esto:—Mira que cara tan simpático!—sin pensar que es imposible conservar la bondad si no se cree que muchos la merecen, y que es

esta una flor delicada, de la cual cada fibra es una simpatía.

Cierto que bajo la simpatía que las caras inspiran se esconde muchas veces un gran desengaño. Conociendo la persona, reconocemos que su rostro es máscara, no espejo del alma; que puede existir en el semblante la expresión de la bondad, de la lealtad, de la nobleza, y nada de todo esto, antes lo contrario, en el corazón. El ojo no engaña, suele decirse. ¡Qué ilusión! El ojo engaña también, siempre que nos ocurra confundir un rayo con lo que no es más que un relámpago, ó que lo veamos cuando la llama del placer ó el velo del dolor nos escondan la expresión de los sentimientos habituales. Existen por el contrario otras caras, y no son muy raras, que nos engañan en el sentido opuesto; que, habiéndonos inspirado algún tiempo aversión, cuando finalmente descubrimos el alma que ellos reflejan contrahecha al modo como ocurre con los objetos reflejados en los espejos convexos, ó se

iluminan y casi se vuelven á modelar á nuestros ojos, de modo que buscando en ellos las razones de la antipatía antigua no la encontramos ya, ni nos explicamos por qué se había producido. Más bien comprendemos entonces cuantas injusticias nos hace cometer el uso de pensar que el alma está vacía ó es atravesada únicamente por el aspecto mortecino ó desagradable.

¡A cuántas personas porque nos piden benevolencia con una cara que por la apariencia desnaturaliza su sentimiento, respondemos con una mirada desconfiada y malévola que les hiera ó les desanima! Cuánta bondad, cuánta simpatía se pierde en miradas y en sonrisas no comprendidas y olvidadas ó rechazadas, porque á muchas almas nobles la naturaleza ha negado la apariencia exterior de las virtudes que ellas encierran ó dado también la semblanza mentirosa de la dureza de ánimo y de la tristeza! Y cuán indulgentes no debemos ser para ciertas asperezas de carácter y de maneras, si sabemos que en muchos derivan de esta continua repulsa de simpatía que

les atrae, la involuntaria mentira de la caral. Siempre debemos decirnos á nosotros mismos, ante una de estas figuras:—No pronuncies sentencial De aquella boca amarga salen quizá dulces palabras y quizá de aquellos ojos foscas santas lágrimas, que ni tu boca ha dicho ni en tus ojos han brotado jamás; no juzgues del alma de un hermano por una forma que el acaso modela, que muda el tiempo, que perturba la enfermedad y la desventura: respeta el misterio del rostro humano!

En todos, excepción hecha de las naturalezas destituidas de todo sentimiento afectivo, es vivo el deseo, en algunos la necesidad, de inspirar simpatías, aun á los desconocidos; vivo también hasta en aquellos que son poco ó nada aptos para corresponder; y en los cuales si no de la benevolencia, nace aquel deseo, del orgullo. Porque, qué otra satisfacción como no sea esta, tan prontamente lograda, pueden ellos obtener al amor propio en aquellos mil contactos

fortuitos y breves con genta desconocida que son también una gran parte de la vida y durante los cuales no tienen tiempo ni manera de despertar la admiración ó la estima ó quizá la envidia con sus facultades ó con sus privilegios no manifiestos? Tan dulce es la satisfacción de este deseo, que no se recuerdan con gusto ciertos sitios lejanos, donde estuvimos tiempo ha, sino por haber visto allí una cara jamás vista antes, que nos expresó un sentimiento de simpatía; que, de un pueblo entero, contradiciendo el parecer universal, nos obstinamos en afirmar su espíritu cortés y su trato por el solo hecho de haber encontrado en aquel muchas personas, aun vistas de escapada, en las cuales nos pareció haber inspirado aquel sentimiento; que entre los recuerdos de las grandes metrópolis extranjeras, en donde nuestra alma fué pasando de maravilla en maravilla, nos queda viva y distinta, como de algo extraordinario, la memoria de una mirada, de una palabra, de un hecho noble, por el cual comprendimos haber despertado un movimiento de simpa-

tía en un transeunte. Y es este deseo el gran padre y consejero de toda cortesía, porque todo este comercio continuo, que se verifica entre personas que no se conocen ó se conocen apenas, de sonrisas, saludos, ofertas, servicios mesurados, palabras y formas del lenguaje, mórbidas, respetuosas y aprobatorias, no es otra cosa que la moneda menuda con la cual tratamos de adquirir unos de otros la simpatía. Y este sentimiento es el maestro supremo de la cortesía, que ni por esfuerzo de la voluntad, ni por efecto de educación refinada, ni por agudeza de ingenio se encuentran palabras, hechos y pensamientos tan delicadamente nobles y tan exquisitamente amables como los que aun al hombre inculto de maneras y de espíritu inspira la simpatía. *¡Amor, alma del mundo: la simpatía es tu sonrisa!*

*

Y nosotros creemos que uno de los siglos más seguros de la elevada naturaleza del hombre es este modo espontáneo, pronto, desinteresado, de benevolencia que pue-

de sentir por un semejante cuyo desconocido, que pasa por su lado y sobre el cual apenas si tiene tiempo de posar la mirada. Creemos que con la razón y con la imaginación puede cada uno de nosotros afinar en sí, fortificar, engrandecer esta noble facultad; y recabar de ella un gran consuelo en las luchas y en los dolores de la vida. Y estimamos que uno de los más altos deberes del hombre es el de cultivar en la niñez este sentimiento, expresándolo siempre que él lo sienta, combatiendo constantemente en él la tendencia al sentimiento opuesto, acostumbrando á los niños á observar, á descubrir, á meditar en la figura humana todos los caracteres, todos los indicios que puedan suscitarla.

Y que con la propagación de la cultura intelectual, con la atenuación de las asperezas de la lucha por la existencia, con el refinamiento de las costumbres, deba en la humanidad crecer la facultad de experimentar y de inspirar tal sentimiento, es una de las más grandes y más queridas esperanzas de nuestra alma. *¡Simpatía! Parece*

que en esta palabra suena una promesa inmensal Primer rayo del amor y de la amistad, sonrisa de dos almas, vínculo repentino y misterioso que une los corazones á través de toda diferencia de edad, de estado y de sangre, belleza de la belleza y gracia de la gloria y fuente infinita de la nobleza y de la armonía, descienda la simpatía en nuestro corazón, brille en nuestra mirada y suene en nuestra palabra, germine y crezca en flores de afecto y en frutos de caridad, respire entre los hombres separados por interés, mueva una hacia otra las clases separadas por la fortuna, aproxime á los pueblos divididos por la naturaleza, difunda sobre el mar proceloso de las pasiones humanas su blanca luz de estrella, y en ella se inspiren, no en el orgullo estólido y en el odio, la obra de los poderosos y el canto de los poetas!

AÑO NUEVO

(Coro de voces dispersas)

UN JOVENCILLO

Bien venido, mil novecientos...! Para nosotros cada año nuevo es un amigo que nos trae un brazado de dones y de doradas esperanzas. Tu alargarás mis bigotes, añadirás dos dedos más á mi estatura y me redimirás del griego y del latín. Tu abrirás las puertas del nuevo siglo, del siglo *nuestro*, del *mío*; puesto que lo que muere contigo es el siglo de la vieja generación, que nos tiene sugatos por el ronزال: será nuestro el venidero, que se abre ante nosotros como un continente misterioso, donde cada uno correrá la posta de un reino. Lo viviré hasta la mitad del siglo futuro; así lo espero, y quizá

que en esta palabra suena una promesa inmensal Primer rayo del amor y de la amistad, sonrisa de dos almas, vínculo repentino y misterioso que une los corazones á través de toda diferencia de edad, de estado y de sangre, belleza de la belleza y gracia de la gloria y fuente infinita de la nobleza y de la armonía, descienda la simpatía en nuestro corazón, brille en nuestra mirada y suene en nuestra palabra, germine y crezca en flores de afecto y en frutos de caridad, respire entre los hombres separados por interés, mueva una hacia otra las clases separadas por la fortuna, aproxime á los pueblos divididos por la naturaleza, difunda sobre el mar proceloso de las pasiones humanas su blanca luz de estrella, y en ella se inspiren, no en el orgullo estólido y en el odio, la obra de los poderosos y el canto de los poetas!

AÑO NUEVO

(Coro de voces dispersas)

UN JOVENCILLO

Bien venido, mil novecientos...! Para nosotros cada año nuevo es un amigo que nos trae un brazado de dones y de doradas esperanzas. Tu alargarás mis bigotes, añadirás dos dedos más á mi estatura y me redimirás del griego y del latín. Tu abrirás las puertas del nuevo siglo, del siglo *nuestro*, del *mío*; puesto que lo que muere contigo es el siglo de la vieja generación, que nos tiene sugatos por el ronزال: será nuestro el venidero, que se abre ante nosotros como un continente misterioso, donde cada uno correrá la posta de un reino. Lo viviré hasta la mitad del siglo futuro; así lo espero, y quizá

dominaré. Oh pobres viejos, que no lo veréis! Nosotros renovaremos las letras y transformaremos las artes, daremos á todas las ciencias un impulso que las haga avanzar en treinta años, más que han adelantado en trescientos; y encontraremos sueros infalibles para todas las enfermedades, viajaremos sobre las nubes y por el fondo del Océano, y oiremos la música nueva y conversaremos con los amigos de un extremo al otro de Europa, y volaremos en coche de extremo á extremo en un segundo. Haremos tales milagros que el siglo presente parecerá, comparado con el nuestro, el siglo de los topos y de las tortugas. Escribe tu testamento, oh viejo siglo; preparaos al trabajo y al triunfo, oh jóvenes herederos, y tu, año nuevo, pasa rápido como un meteoro sobre la onda juvenil que hiere y choca contra las orillas, deseosa de invadir la tierra prometida.

UN VIEJO

Un año nuevo. La juventud en este día, mira sonriendo al porvenir, como el pere-

grino un horizonte sereno, cuando llega á dominar la altura, y saluda ya al nuevo siglo. Yo con el pensamiento huyo del siglo en cuyo umbral sé que me espera la muerte. ¿Qué me importa de él, si estoy seguro que todos los descubrimientos y todas las obras hermosas del humano ingenio, que le harán glorioso, y todos los hechos admirables que cambiarán durante su curso la faz del mundo, serán para mí como si no existieran? Del año que nace sé solamente que oscurecerá todavía más mi vista y mi memoria, que enflaquecerá un poco más mis piernas y encorvará más mi cuerpo, y hará caer también las últimas hojas secas del árbol destroncado de mis ilusiones. Para los jóvenes tiene el año nuevo el aspecto de un rey mago; para mí, el entrecejo de un cabo de vara. No espero de él bien alguno; temo su golpe mortal; y, si él ha de asestármelo sólo una gracia le pido; que sea uno solo, seco y bien dirigido, que me derribe como á un soldado en la batalla. Si me has de despachar de esta suerte, ven sin miedo oh mil novecientos, que también yo te festejo. Y moriré al me-

nos con mi siglo, sin tener el fastidio de ver la faz siniestra del nuevo.

UNA SEÑORITA DE QUINCE AÑOS

Viva, el mil novecientos! Siento que has de ser para mí el momento en que, como se dice en *Los Novios* de Manzoni (única novela que me permiten leer), en el ánimo de las muchachas «entra una potencia misteriosa, que levanta, adorna y vigoriza todas las inclinaciones y todas las ideas.» Tu eres quien ha de darme el beso mágico que abra mi alma toda á la vida, quien hará brotar mi belleza como brota una rosa al contacto de los rayos del sol, y volverse hacia mí por vez primera las miradas atentas, las graciosas sonrisas y los pensamientos tiernos. Ven á terminar la obra de la naturaleza. Yo te esperó, temblorosa, como esperaría una estatua esbozada que tuviese conciencia, al artista que debe darle la plenitud de formas y las perfecciones de la armonía. Cada día que pase, me hará más agradable el espejo y hará brillar con orgullo más vivo la mi-

rada de mis padres. Me encuentras todavía niña y me dejarás jovencilla. Y quizá, bajo la capa que los pintores te echan sobre las espaldas escondes el anillito de oro que me pondrás en el dedo antes de morir. Y si esto es verdad, por más que seas el último del siglo, para mí el siglo nuevo, comenzará contigo, y de todos tus hermanos que verá pasar por la tierra, tu quedarás en mi memoria como el más espléndido y en mi corazón como el más querido.

UNA MUCHACHA DE TREINTA AÑOS

Pasó otro año más, otra flor caída del tallo de mi juventud, otra mariposa verde escapada del nido de mis esperanzas. Qué vale un alma llena de amor si no despide rayos de oro? El hombre pasa y no la ve. El no adivina por los ojos las virtudes ocultas que le harían feliz: no ve más que la belleza espléndida que le promete algún año de embriaguez y de orgullo, y la riqueza que le libertará de la lucha por la existencia y allanará el camino á sus ambi-

ciones. Y mi juventud se desflora sin amor y sin goces, en una espectación humilde y afanosa, que entristece á quien me ama y hace destilar sangre secretamente á mi altivez. Y tu, mil novecientos, también pasarás sin que una mano busque la mía, sin que una voz de amor, entre las infinitas que resuenan en los sires pronuncie mi nombre para decirme que no he nacido en vano, que Dios dejó caer sobre la tierra una corona de madre también para mi frente. Otro año se extiende delante de mí oscuro y frío como un invierno de doce meses. Ah, quizá la onda humana, en la cual podía haber un alma que llamase á la mía, ha pasado ya; sin duda es destino inmutable el que yo permanezca espectadora de la vida. Y tu transcurres oh nuevo año; y yo inclino la cabeza y no espero más; que mi destino se cumpla.

UN AFICIONADO Á LA ASTRONOMÍA
(despertándose á las siete y mirando el reloj)

La tierra ha recorrido ya sobre su nueva

órbita más de setecientos cincuenta mil kilómetros y han muerto en el nuevo año cerca de treinta mil criaturas humanas. Un año! Qué es un año! Menos de un instante en la vida de la humanidad, como la historia del hombre no es más que una pequeña onda en la inmensa faz del océano del tiempo. ¿Un año? La cinco millonésima parte del tiempo que necesita un rayo de luz para atravesar el espacio interpuesto entre la Vía Láctea en la cual estamos sumergidos, y una de aquellas otras aglomeraciones de millones de mundos que se nos aparecen como una nubecilla de polvo luminoso en la profundidad obacura del firmamento. Y hoy se festeja el año nuevo! Qué es lo que festejáis, oh pobres átomos pegados á un grano de arena que vuela en el infinito, pobre raza de infusorios henchidos de orgullo, nacidos ayer sobre un globo nacido hace millones de siglos, y destinados á hacer lugar á otras formas vivientes, sin dejar rastro alguno de vuestro paso por el mundo, ó, si la dejáis, destinados á ser recordados por los venideros con un sentimiento de

piedad y de vergüenza, como recordamos nosotros las primeras formas imperfectas y brutales de la especie humana?

UN JOVEN AMOROSO

Yo te saludo, oh día primero del año! Qué es lo que me anuncias, mensajero misterioso? Encontraré en el nuevo año en mi camino la mujer que busco y el amor que invoco? O encontraré en él una criatura y un amor que temo? Y será una mujer ó una muchacha, una esposa ó una amante? Será la que se una á mí por toda la vida y me dé familia y paz, ó será una que no me traiga más que incendio y tempestad, una fiebre violenta y breve, que me deje con el alma postrada y envenenada? De cualquier modo que sea, me dice el corazón que detrás de tu fantasma, oh año nuevo, viene hacia mí una mujer; una impresión confusa de placer y de terror me advierte que ella me busca y se acerca, que de un día á otro nos podemos encontrar frente á frente, y que la primera mirada nos ligará el uno

al otro como el alma y la serpiente de Dante, que confunden sus miembros y mezclan el color, resultando una forma en la cual hay dos perdidos. Me parece percibir ya en el aire que respiro el hálito suyo, su perfume, y que cualquier leve crujido es el de sus vestidos. Oh, si pudiera penetrar con la mirada de la inteligencia á través del velo del tiempo y de los meses, que quizá han de transcurrir todavía, y verla desde este momento! Siento vagamente en tu nombre, oh mil novecientos, el sonido de un nombre de mujer, cuyas sílabas se pierden, y casi los toques de la campana de mi destino. ¡Revélame pronto mi Francisca, oh Galettot!

UN MARIDO

Triste año nuevo! Quién me lo había de predecir tan triste el día primero del año pasado, cuando contaba los instantes por las impacientes palpitations de prometido? En pocos meses todo ha cambiado. Un día una mirada, otro, una palabra; un acto de indiferencia luego, más tarde, un ligerísimo

disentimiento; ahora la expresión involuntaria de un sentimiento secreto, me han revelado una inteligencia que no se conforma en nada con la mía, un corazón estrecho y frío, un alma en la cual no hay más que vanidad y egoísmo. He abrazado á una mujer y he encontrado sobre mi pecho no más que una muñeca. He sacrificado la libertad y me he quedado sin amor. He creído renacer á una nueva vida y me he sepultado vivo con un cadáver. Y no hay modo de reparar el error terrible, no hay un resquicio de esperanza, no hay arte ni fuerza humana que pueda infundir el soplo de vida en esta forma vana de esposa que mis brazos aprietan sin que mi corazón la sienta. Qué ceguera fué la mía! Y qué tremenda expiación me aguarda! Cada día que pasa se ensancha el abismo que nos separa; dentro de un año estaremos bastante más lejos uno de otro, que lo estábamos antes de conocernos... Estoy, pues, alistado por toda la vida en el ejército de los infelices. Los días del año que surge se presentan á la imaginación como una procesión de sueños

espantosos, cada uno de los cuales lleva en sus manos un desengaño, una amargura, un aburrimiento. ¡Oh, qué triste año nuevo!

UNA ESPOSA

¡Qué año nuevo tan triste! Quién me lo había de vaticinar tan triste, hace ahora justamente un año, cuando contaba los instantes por las ansiosas palpitaciones de la prometida? A los pocos meses me despertó del hermoso sueño la traición; no una puñalada, sino un bofetón, la traición desgarradora, en mi propia casa, sórdida é infame, disimulada por una parte bajo el servilismo de la propia abyección, á la cual mi sospecha no podía descender: una tan abominable vergüenza que el terror de hacerla pública me hace aceptar el suplicio de fingir ignorarla, pisoteando en silencio mi felicidad precipitada en el fango. Oh dulce amor en quien he soñado, tú, sin embargo, existes! Oh dulce amigo, alma amorosa y noble, que buscas mi alma, tu existes en alguna parte en el mundo! Y yo te encon-

traré, y tu tendrás todo mi corazón y toda mi juventud y tu me harás volver á amar la vida, y á creer en la nobleza del alma humana. ¡Oh, pónlo en mi camino, guíalo hasta mí, año mil novecientos; sé tú el año de mi resurrección y de mi venganza; haz tú que mi alma florezca de nuevo como harás florecer la tierra!

UN DIPUTADO

¿Qué traerá de nuevo para mí el año que va á empezar? Este bendito ministerio no parece que tenga alientos para resistir la primavera. Pudiera muy bien ocurrir que diera el «mortal suspiro» en cuaresma. ¿Y entonces? Quizá á las urnas. Y en tal caso? Quizá á la puerta. Pero quién puede prever los sucesos en política. En el transcurso de pocos meses un ministerio elástico puede peligrar, recomponerse, precipitarse y resurgir; un jefe de Gobierno ser procesado y condenado en Marzo y levantado sobre el pavés en Octubre, y saludado como la suprema esperanza, único salvador y gloria encarnada de su propio país.

De todos modos es preciso prepararse á la lucha, «trabajar el distrito», sembrar palabras y esperanzas. Qué hermoso asunto de entrada y de final de discursos el último año del siglo! Y á cuánta poesía de promesas se presta la inminencia del nuevo! Es tan cómodo decir:—Diré, haré, os probaré, veréis... en el siglo venidero!—

Ven pues, mil novecientos; tengo fe en tí; todavía no eres tu todavía el que derribará del sitio el triunvirato de la Audacia, de la Palabrería y de la Astucia; yo me las entenderé contigo como con los otros; y en cuanto al siglo xx, mientras sea niño, un poco por buenas y otro poco por malas, se podrá ir adelante por una buena temporada. Manos á la obra, pues! ¡Arriba los corazones! ¡Viva la patria!

UNA MADRE

Oh hijo mío ausente, único amor de tu madre, este es, desde que existes, el primer año que comienza sin tí. Veinte años seguidos en este día, te he despertado con un

beso, para que la felicitación de tu madre sonase en tu corazón antes que la de ningún otro, y tu primer: — ¡Buen año nuevo! — fuese para mí.

También esta mañana, como en los años anteriores, entré en tu cuarto y deposité sobre la almohada abandonada la dulce palabra á la cual no puede ya responder más que tu pluma. Cómo pasarás, hijo mío, este día, que siempre pasábamos juntos, cerca del fuego, tan unidos y tan serenos? Quién te felicitará el primero? Festejarás el nuevo año en medio de nuevos amigos, entre otros jóvenes sin madre y sin casa, buscando quizá compensación á la dulzura tranquila que gozabas á mi lado en la alegría ruidosa, y rechazando de tu espíritu quizá hasta mi imagen, que habría de entristecerte? ¡Oh, no no la rechaces, hijo mío; aun en medio de los amigos, vuelve el pensamiento á tu madre ausente y triste, que tiende sus brazos hacia tí, que daría la luz de sus ojos por tenerte á su lado, que consentiría, con tal de estar contigo, en regar con gotas de su sangre toda la tierra que nos separa!

UN SEÑOR DE CUARENTA AÑOS

Malhadado año nuevo, en el cual voy á cumplir los cuarenta. ¡Cuarenta! Qué palabra tan fea! Un ingenioso escritor ha dicho muy bien. Veinte! Oid qué palabra tan armoniosa, suelta y gentil. Treinta, con esa *erre* que rechina y con esa sílaba que nos hace abrir la boca, tiene ya un tonito menos agradable. Pero cuarenta, ya no es palabra, es un ruido; ¿no os parece el ruido miserable de una vidriera de ventana, que golpea el rostro?

Sí, este es el gran paso, el salto de la buena edad á la edad ingrata, el fin legal de la juventud, la entrada solemne en aquel período de la vida en que resulta ridículo pasear por la calle á una mujer hermosa, conmovirse con un drama en el teatro y hacer una cabriola en un arranque de gozo. Es preciso.

arriar las velas, recoger las jarcias; pero no los lances de amor, y no dejarse ver más en público con ciertos periodiqui-

llos alegres en las manos. Ah, me resignaré, quizá, cuando vaya bastante entrada la nueva década; mas por ahora, no hay otro remedio que tascar el freno. Año mil novecientos, año antipático, año de las *acs*, pasa adelantel!

UN MODESTO EMPLEADO

Día de año nuevo. Fiesta civil. ¿Por qué? Yo paso del año viejo al año nuevo con la misma indiferencia que de una acera á la otra de la calle. Sé muy bien que el año que viene será estúpido y fastidioso como el que se va; que me levantaré todas las mañanas á la hora acostumbrada para ir siempre por la misma calle á la oficina y hacer idéntico trabajo, cruzando con los colegas las mismas palabras; que el veintisiete de cada mes firmaré desesperado el mismo sueldo, sin un céntimo más, quizá con alguno de menos; y que para llegar al veintisiete, tendré siempre que estirar los cuartos del mismo modo, é imponerme las mismas mortificaciones cristianas de los años pasados. Para mí los años todos son copias idénticas de un solo

original, bien miserable por cierto! No soy otra cosa que un calendario ambulante que todas las noches yo mismo me arranco de encima la hoja del día corriente, con la única diferencia respecto á los calendarios de papel, que en lugar de cambiar de plato todos los días, tengo el mismo plato casi todo el año. Si cada año no fuese un paso adelante hacia aquel hueso de pensión, quisiera que mi vida fuera un año de diez y ocho mil días, para ahorrarme al menos el fastidio de escribir una fecha nueva en las *minutas*. ¡Oh año mil novecientos, que otros te entonen himnos; yo te recibo con un movimiento de hombros y te saludo con un bostezol!

UN ARTISTA

Mil y novecientos! Serás tu el año de la obra maestra? Serás tu aquel en que logre aferrar las alas blancas del ideal que hace veinte años persigo cayendo y levantando con su esfuerzo cada vez más fatigoso, con una esperanza más obstinada siempre, con una

ambición más ardiente cada vez? O serás el año en que tras de una prueba suprema, caeré violentamente desengañado y sin fuerzas, para no levantarme jamás?

Tráeme tú, sobre el aura perfumada de la primavera, la idea luminosa, que dirija todas mis fuerzas al trabajo con el ímpetu de la juventud y con la armonía de la edad madura; sé tú el que guíe la gloria hasta darme el beso celeste que deja en la frente el sello inmortal; sé tú este, y yo te entrego el alma, renuncio al siglo que se abre y consiento en morir contigo... ¡Desvarios!... Una voz del alma me dice lo que ocurrirá también en el año venidero. La Idea irá subiendo, vuelta hacia mí sonriéndome, cada día más alta, los peldaños de una escala inmensa, huyendo de mi beso como un rayo, y cuando llegue á lo alto, me señalará otra escala que yo subiré como ésta de rodillas, y que no será la última. Goces triunfales de una hora y largos días de tristeza impotente, ilusiones divinas, tempestades del alma y deseos de muerte: sé muy bien lo que me traes, año nuevo. Y no importa.

Es mi destino. A la lucha! A la rueda del tormento! Al trabajo!

UNA SEÑORA JOVEN...

Primero de Enero! Es el año en que vas á nacer, criatura mía, y quizá antes de que concluya me oiré llamar por tí, la vez primera, con el nombre más dulce del lenguaje humano. Es el año cuya fecha habrá de quedarme impresa por toda la vida en la memoria y en el corazón, enlazada con tu nombre, como una palabra de Dios. Podrán ocurrir en la tierra, en estos doce meses, los casos más maravillosos que jamás haya registrado la historia; pero no puede ocurrir para mí suceso más grande y más solemne que aquel que me anunciarás tú con tu primer grito. Yo te saludo, año nuevo, último de mi vanidad juvenil, primero de mi reinado de trabajo y de beneficios. Sé tú un año de paz para los hombres, como serás un año de alegría para mi casa; y con tal que él viva y florezca, no importa que la alegría venga mezclada con mil amarguras,

que vengan noches de insomnio y trabajos duros y horas de angustia y de desaliento: para todo me dará fuerzas la llama sagrada de mi amor; llévate mi juventud y mi belleza, con tal de que le tenga en mi regazo y me sonría. Es el año nuevo, oh criatura mía, es tu año, oh hijo de mi sangre, esperanza de mi vida, gloria de mi amor. Buen año para tí, angelito misterioso, oh, tesoro de mi alma!... ¡Él contestal

UN HEREDERO EN ESPECTATIVA

(en la cama, encendiendo un cigarro)

Felicidades, señor mío yo mismo, como dice Giusti. Si será este el año climatérico en el cual tendré el dolor de perder á mi tío amantísimo? En el noventa y nueve ha dado un gran bajón; lleva ya meses en que no toma más que leche y respira con dificultad. Pobrecillo! Pero, qué diablo, no se puede vivir y haber vivido, es preciso que la ley se cumpla. Y además, qué vida es la que arrastra con todos sus dineros, tan solitario siempre y tan triste, con un cuello

como un hilo, y con la amenaza constante de una subida de sangre al cerebro, que puede acabar con él, pobre tío, de un momento á otro? Sería una verdadera caridad... Oh, qué vergüenza! Y te atreverías tú? No, jamás! Qué ideal Una cosa es esperar, y otra desear. Hoy, por ejemplo, espero á un acreedor, pero no lo deseo. Es cierto también que lo espero, pero lo temo; mientras no temo... Oh, al fin y al cabo, no es preciso hilar tan delgado en nuestros sentimientos. El corazón humano es una confusión, ha dicho un gran escritor. Por mí, que viva otros diez años. Pero está de tal modo que me podría hacer rico en un abrir y cerrar de ojos. En fin, haz tú, mil novecientos; á tí me remito; lo que tú hagas no puede ser más que la voluntad de Dios! ¡Qué porquería los tales cigarrillos de tres céntimos! El año que viene fumaré buenos habanos. Y ahora, vistámonos; es preciso felicitar á mi viejo...

UN EMIGRANTE

He oído gritar á poca:—Mil novecientos!

Lo cual quiere decir que han dado las doce de la noche y que hemos entrado en el año nuevo. El mar está tranquilo, el cielo lleno de estrellas y sopla una brisa templada. Estamos en el corazón del invierno y parece primavera. ¿Quién entiende algo de esto? Navegamos entre los trópicos, dicen. Qué lejos está mi país! Quién me había de decir hace un año que este día primero, lo habría de pasar entre cielo y agua, solo, en medio de tanta gente que no he visto jamás, en viaje para América? Qué país es ese que me aguarda? Cuál será mi suerte? Yo no sé nada. Sólo sé que voy á otro mundo con treinta pesetas en el bolsillo á ofrecer mis brazos ó mis espaldas según los casos. Oigo á los señores de primera clase que vocean y chocan los vasos. Ah, ellos están contentos, porque saben adonde van y están seguros de la ganancia. Me han dicho que hay uno de ellos que va á cantar al teatro por ocho mil pesetas cada noche. Cuándo podré hacer que venga mi familia conmigo? Qué harán á estas horas? Mi mujer estará aún despierta, pensando quizá en mí y Luisín y

María dormirán abrazados como siempre, pobres criaturas. Cuándo los volveré á ver? Y si no volviera á verlos? Ah, qué pobre cosa es un hombre que atraviesa el mar por ir en busca del pan! He oído que desde aquí se ve la estrella que está más cercana de nosotros y que no puede verse desde nuestros países. Pero yo no veo ninguna que sea más grande que las demás. Si la viese, me recomendaría á ella en el caso de que me trajese fortuna. Qué tranquilo está el mar! Oye como gritan:—¡Buen año! ¡Feliz año!—Ahora es el señor de las ocho mil pesetas el que canta. Pues bien, siento un no sé que... Oh, Fernando, harías la tontaría de llorar?... ¡Ea, el nuevo año será bueno, ¡ánimo!

UN SOCIALISTA

Un año más y podremos saludar el siglo que ha de extender nuestra bandera por el mundo. Caerá hecho pedazos el ídolo de oro, se romperán las espadas, se arruinarán los tronos y los altares, será transformada

desde los cimientos esta sociedad monstruosa, en la cual un número pequeño de vencedores á quienes está reservado todos los goces que proporciona la riqueza, el arte, la ciencia, la libertad; todos los bienes de la civilización que ennoblecen y hacen amar la vida, se eleva sobre una enorme multitud oscura de vencidos, sin seguridad, sin bienestar, sin cultura, casi relegada á la obscuridad, y sin esperanza como si fuera una raza inferior. Todo lo que queda del pasado no tiene más que una apariencia de vida; ya se ven, bajo la esplendorosa celada del privilegio (que se defiende retrocediendo y amenazando), errar las miradas del moribundo; ya reina en el campo enemigo la confusión y el terror. Todavía un año y podremos decir: Este siglo será nuestro. La ola inmensa de una nueva humanidad se alza teñida de púrpura por la aurora de un nuevo sol, bajo el cual el trabajo será una bendición, no una pena, la justicia una realidad, no un fantasma, la libertad un bien de todos, no una ventaja de algunos, y la igualdad una verdad, no una irrisión, y todo

pueblo una gran familia, no un montón de salvajes con traje de hombres civilizados, devorados por la ambición y por el odio, que les arrastran á devorarse entre sí. Surge, ¡oh, nueva aurora de fraternidad y de paz! Y apresúrate á morir, viejo siglo ensangrentado, cargado de dolores y de delitos. No te lanzamos nosotros el anatema, sin embargo; puesto que en tí surgió nuestra esperanza y en tí se animaron nuestras legiones y tú lanzaste los primeros golpes contra los cimientos de la formidable Bastilla del pasado. Muere. Con tu muerte vuelve á comenzar el mundo.

UN PESIMISTA

Día de año nuevo. Hoy la humanidad se embriaga con felicitaciones calurosas y con hermosas palabras de esperanza. Como si el año que viene no trajera tras de sí, lo mismo que otros, su maldito cortejo de delitos, de horrores, de desventuras y de vergüenzas! Necios, no sabéis que, con pequeñas equivocaciones se podría escribir desde ahora

en los registros estadísticos el número de los asesinos y de los suicidas, de las locuras y de las bancarrotas y de todo género de calamidades que hayan de ocurrir de la Circuncisión á San Silvestre? O creéis que por haber quitado de la pared el calendario viejo para colgar en su lugar el nuevo, van á cesar las inundaciones de los ríos, los estragos de las enfermedades, los choques de los trenes y las guerras asoladoras y sangrientas?—*Un paso adelante en la civilización.* Así llamáis al año. Ilusiones! Es mejor el hombre en 1900 que lo fué en 1800? Menos ávido de dinero, menos inclinado á la prepotencia con los débiles y á la vileza con los poderosos, menos mudable, menos supersticioso, menos egoísta, menos falso, menos ladrón? No. Pues entonces todo lo demás es pura vanidad. Vuestras maravillas mecánicas no son más que paquetes ingeniosos, vuestras reformas legislativas cambios de palabras, vuestras nuevas instituciones, arquitecturas de papel. Vete con Dios, mentiroso y criminal novacientos: recibante con alegría los niños á quienes traes

juguetes y los tontos que el día de año nuevo se estralimitan para verte de color de rosa. Yo no cometo la baja de darte la bien venida.

UN SOLDADO DE CENTINELA

Dan las doce de la noche. Mal comienzo yo el nuevo año, en esta caseta de madera, abierta por la parte donde debería estar más cerrada, solo como un muerto enterrado de pie, aterido de frío, con este fusil entre las manos que parece un bastón de hielo. Veo allá arriba todavía iluminadas las ventanas, gentes que dan principio al año nuevo, sentados á la mesa, bien calientes y comiendo bocados exquisitos. Hace poco, pasó un grupo de jóvenes y de muchachas que salían de la fonda demasiado alegres, y que al pasar me gritaron:—¡Feliz año, salvador de la patria!—Será un buen año, no me cabe duda, porque es el año en que cumplo y volveré á mi pueblo, á mi casa, después de tanto tiempo de estar tan lejos.—Una de las muchachas tenía una voz... que me pareció la de mi Rosalía. Ro-

salsa estará durmiendo á estas horas con un brazo debajo de la cabeza, y con aquellos hermosos cabellos negros rodeando su cuello, como el día que la encontré dormida á la sombra de las higueras, y se despertó de repente, gritando:—*Oh, madre del alma!*—poniéndose encendida como la grana. Oh, querida Rosalía mía, con sus divinos ojos negros, oh, pueblo adorado, con aquel mar tan azul, y aquel aire tan perfumado y delicioso! También aquí estoy en la patria, pero es la patria de la nieve y de las brumas, y yo he nacido bajo aquel cielo límpido; y para mí, donde quiera que esté, como no sea allí, me parece un destierro. ¡Todavía seis meses! Cuántas carreras me quedan todavía por la plaza de armas, paseos militares, maniobras, revistas y servicios de guardia, de rancho, de limpieza y tragos amargos que pasar! Aquí viene otra alegre comparsa.—¡Buen año, centinela!—Si Dios quiere. Feliz año, burgueses!

UN CURA

Yote saludo, Año Nuevo, porta-estandarte

del siglo bendito, en que resurgirá dominadora del mundo, espléndida de nueva vida, la Iglesia. Ya las señales anunciadoras del porvenir aparecen por todas partes; los previsores acuden ya á nosotros á millares; el ejército de los fieles se ordena y acampa; la ciencia despreciada, amedrentada por el desdén creciente de los engañados, en vano balbucea sus lisonjas postreras; la Revolución devora sus propios hijos y se lacera el seno con sus mismas garras; libres sus ojos de las fatales vendas, las multitudes los vuelven á la luz divina, y saludan al Vicario de Dios, que permanece sobre tanta ruina, como único rey, único padre, única salvación, única fuente de verdad, de amor y de paz. Avanza, Año Nuevo, empuñando la cruz y el rayo, y desencadena el huracán sobre la última secta demente que nos disputa el umbral del nuevo siglo, dispersa las últimas nubes de la impiedad y del error, tras de las cuales irradiará Cristo, triunfador supremo y eterno... Esto sucederá. Hoy, entretanto, vendrán á comer don Marzio y don Juan, y tendremos un día

alegre, si éste quiere contenerse dentro de ciertos límites de mayor dignidad que el año pasado. Tampoco Elena lo puede aguantar. Y se puede ser un santo; pero indigna aquella rustiquez de gafián y aquella voracidad de bestia. Si me librara de él en el nuevo año, de este desdoro ambulante de la parroquia, de esta ofensa encarnada á la santa Causal... *Amén.*

UN VIEJO MENDIGO

¡Año nuevo! ¿Tendré la misma suerte que el año pasado? Un señor borracho, al salir de un restaurant, me dió medio duro. Pero tejas como esta no le caen á uno encima sino cada diez años. Espero poco del 1900. Esto va cada vez peor. Estos tranvías que se apoderan de la moneda pequeña de la gente, estos periódicos que siempre están airando á la policía contra nosotros, y estas cocinas económicas y casas de beneficencia y sociedades contra la mendicidad, hacen cada día desesperado el oficio. Con tal de que este año no inventen alguna otra diablura! Ah

qué largo es para nosotros el año. Antes de que concluya este, con cuántas puertas que me darán en las narices, cuántas impertinencias de porteros no tendré que soportar, cuántos:— Vete á trabajar!— de vagos, y cuántas caras verá pasar de esas que pasan y ni siquiera se vuelven! Y primero el frío y luego la lluvia y después el caerse vivo y más tarde vuelta á la lluvia y al frío... y los corazones duros en todas las estaciones. Dichosas las mujeres que pueden ir y venir con peleles en los brazos. Si al menos el año nuevo me trajese uno de esos maies vistosos que dan poca molestia y producen mucha compasión, como aquella hermosa hermana que tiene Carlos Andrés, que saca los cuartos de los bolsillos! Mas yo no nací con buena estrella... Y sin embargo, creo que no pido gran cosa al año nuevo!

UN PADRE

Muerto! Muerto cuando sólo había vivido un año, pobre Julio, muerto á la vez que el año en que había nacido, cuando empezaba

á echar el paso y á hablar, caído en la fosa á los primeros pasos, mudo para siempre, sin haber pronunciado más que dos palabras de la lengua humana: el nombre de su padre y el de su madre! Se ha ido el año viejo, matándome á mi criatura, y principió el nuevo arrebatándomela. Y en todo el día mientras yo sollozo sobre el cadáver, caerán sobre mi cabeza las burlas atroces de la vida: tarjetas, cartas de felicitación de parientes y amigos lejanos, visitas de gentes que no lo saben y que se presentarán sonriendo; y llamará á la puerta el mandadero con el paquete de dulces que la tía le había prometido y que yo colocaré entre sus manecitas inmóviles y frías; y cuando más tarde salga para dar órdenes y arreglar el entierro, encontraré por la calle quien me diga alegremente: —Feliz año nuevo!— Deseadme un rayo que me convierta en ceniza ó un derrame que apague mi razón; y cuando os anuncie la desgracia, no me compadezcáis poniendo un semblante lastimoso en que se transparente seguramente el pensamiento gozoso de vuestras fiestas domés-

ticas. No quiero piedad, estoy lleno de odio, abomino el mundo y la vida, quisiera que la fosa de mi hijo se ensanchara y se ahondase en una fosa enorme que tragase con su caja á la ciudad riente y siniestra que insulta mi dolor. Año mil novecientos, año de muerte y desesperación, maldito seas!

UN PEQUEÑO SEÑOR DE PUEBLO

Finalmente! Llegó el año suspirado, el año de mi «golpe de teatro». Una invención esquisita, como dice el *Barbero de Sevilla*. Nadie de mi pueblo sospecha que voy royendo desde hace cinco años mi presupuesto para ir á la Exposición de París, y no hay el menor indicio por ahora de que ningún otro sueñe con semejante empresa. Cuando se sepa será un golpe extraordinario. No tendrán más remedio que reconocer que pueden también brotar grandes ideas en este caletre. Yo solo iré allí, y yo solo veré las mil maravillas del *caput mundi*, y yo solo, á la vuelta, podré hablar como desde la cátedra, en el café, en el Círculo, en la botica, en todas partes donde se amon-

tonan estos renacuajos inflados de ambición y de orgullo, que no me consideran digno de sentarme sobre los escaños de su Ayuntamiento. Yo seré el oráculo interrogado por todos, la fuente de información, el representante intelectual de la civilización en el Concejo, el repatriado, el hombre de París en suma. Suscitaré muchas envidias y fermentarán los odios contra mí; pero, también, aplastaré más de un orgullo y gustaré el placer de diversas venganzas. Y la aureola parisien adornará mi frente por toda la vida. Bien venido, oh mil novecientos, año de mi gloria: yo te espero con la bolea en la mano y con

el proceloso y temeroso
gozo de un gran designio

en el fondo del corazón. Entre tanto por cada *feliz año nuevo* que me den, responderé con una misteriosa sonrisa que será para los felicitantes como el primer relámpago de mi victoria, y les dejaré pensativos y turbados. Feliz año, pobre gente, y hasta que nos veamos... en Filippi.

UN PRESO

Tres... cuatro... seis golpes en la pared. He comprendido: — *Buen principio*. — No será mejor que el tuyo, camarada. Precisamente un día primero de año como este, fué cuando me perdí y me parece un sueño. Los amigos, la botella, una mala palabra, un momento de vértigo, y una cuchillada: un instante, y aquí estoy, arruinado para toda la vida. Otro año que comienza, otros doce meses de suplicio de pensar siempre, de esperar por la noche y por la mañana, la visita y el rancho, horas y horas, sin otra distracción que el silbato del vapor, el sonido lejano de las campanas y cuatro palmos de cielo, rayado de negro por las barras de la reja, que parece también un cielo encarcelado. Cómo resistiré este otro año sin despedazarme la cabeza contra la pared, ó sin volverme loco? Toda la ciudad está hoy de fiesta, y yo pasaré el día solo, con la cabeza entre las manos, más triste, más desesperado que nunca. Otros muchos, podrán ver al menos por entre los hierros á su mu-

jer y á sus hijos. Pero, mi mujer, no vendrá; ya hace dos meses que no parece por aquí. Ah, ya me ha olvidado, y quizá... quizá... celebre la fiesta con algún otro!—*Tac, tac, tac,*—me olvidaba de contestarte. Ahora, ahora. He aquí la única comunicación que tengo hoy con el mundo, hoy que los parientes y los amigos se reúnen y comen juntos, en familia, en la casa llena de alegría. Mi familia es un jergón, una escudilla y un jarro; mi comida setecientos cincuenta gramos de pan negro y de menestra rancia; mi casa, una tumba.—*Tac! tac! tac!*—Ah, sí, gracias, tanto como el otro, cien de estos días, camarada.

UN CAPITÁN DE INFANTERÍA

Este debería ser el año de mi ascenso, sino se mete en medio mi mala sombra. Veámoslo. Ven una vez más, fiel y arrugado *Anuario*, libro del Destino, objeto de tan prolijos estudios y de tan grande amor, que no puede compararse en nada ni con la *Divina Comedia*, ni con la *Eneida*. Tengo toda-

vía delante veintiséis y les conozco á casi todos. Tres han sido «saltados» por dos veces, y morirán con la gorra de tres galones. Cuatro llegarán en el primer trimestre á la edad legal é irán á «situación de reserva». Este otro herido por una aguda diabetes, no llegará ni á la primavera. El que le sigue, un artillero quebrado, tiene el sello de la Academia... lo harán. Y también harán á los otros cinco, que para mí son... supongamos lo peor. Quedará fuera el décimo que por dos veces ha podido escapar al Consejo de disciplina por deudas, pero que no se escapará en este invierno, porque es la estación en que él hace sus locuras más peligrosas. Quedan nada más que diez y siete. Y luego, quien sabe lo que puede ocurrir; de cincuenta años para arriba la vida está agarrada por un hilo. Estaría bueno que no hicieran siquiera tres medias docenas de jefes en un año! Sí, será éste. Oh, sí, tu serás, año nuevo, quien me traiga el cuadrúpedo, las dos raciones de forraje, un ordenanza legal y otro tolerado, las mil doscientas de aumento, el quitarme

de impertinencias administrativas, y los largos descansos, y la santa paz y todas las suspiradas dulzuras del canonicato militar. Sí, oh 1900; veo en estos dos ceros, que vuelven después de los noventa y nueve años de fecha, dos grandes ojos benignos que me dicen:—Puedes encargar al sastre la gorra nueva de cuartel...

UN CHIQUILLO

Mañana es primer día del año. Ah, mañana será para mí un día muy malo! Como el año pasado mi nueva madre comprará caballos y soldados para mi hermanito pequeño, y para mí, nada, y me golpeará si llevo a tocar sus cosas. Y por qué no me compra nada mi padre, que antes era tan bueno para mí? Y por qué cuando me zurrar, vuelve la cabeza y no dice nada? Por qué ella me quiere tan mal y él parece que no me quiere ya nada, como si fuera yo feo y malo, y no tuviesen interés en mantenerme? Qué le he hecho á ella? Qué le he hecho á él... No lo entiendo. Ah, mañana

será para mi un día bien triste. Qué desgraciado soy! Por qué al morir no me llevaste contigo, pobre madre mía? Por qué no me quitaste de esta casa donde casi me avergüenzo de comer, y tiemblo cuando me mancho la ropa como si me vistieran de caridad?... Están dando las tres. Todavía es pronto. Puedo seguir durmiendo todavía dos horas antes que sea la hora de levantarme á sacar agua y á encender la lumbre para el desayuno de mi hermano pequeño. Durmamos pues! Al menos cuando duermo no pienso. ¡Qué contento estaría si no me despertara más, si no viera el año nuevo!

UN CAMPESINO PROPIETARIO

Feliz año nuevo!—dicen todos. Y por qué no? Se ven cosas tan extraordinarias en este mundo, que hasta pudiera ocurrir esta. Si en este invierno no me mata el ganado cualquiera epidemia, si el frío fuerte no me arraina los árboles frutales, y las heladas no me queman el viñedo...; si las lluvias de primavera no me pudren el heno, ó alguna

nube de verano no me tumba las mieses el día antes de la siega, y si en otoño puedo recoger el arroz á su debido tiempo...; si la sequía no me hace gastar mucho en el sostenimiento del ganado; si los insectos no me comen la raíz de las mielgas, y los gusanos no atacan los frígoles y las patatas, y los gusanos de seda no se me mueren en los zarzos precisamente en el momento de fabricar sus capullos, y el viento no me arrebatara el azufre de las uvas...; si cuando más lo necesite no se me acaba el dinero como el año pasado, ó si teniendo dinero no me faltan los brazos, como hace tres años; si los ladrones no abusaran con exceso, y si cualquier malvado no me corta las vides ó prende fuego á los pajares, y si Dios todopoderoso me concediera la salud... ¿y por qué no? podría ocurrir muy bien que este año fuera un buen año. ¡Buen año, por consiguiente, queridos vecinos, feliz año!

UN CONSERVADOR ENFERMO

Año nuevo! Año nuevo!—gritan á mi alrededor los tontos, frotándose las manos.

Y bien? Sí, un nuevo año, que hará subir otro poco la marea malsana que ya nos ahoga, que llevará á la Cámara y á la Administración pública otra oleada de gente maleante y multiplicará los casos de peste demagógica, socialista, anarquista, satánica en el pueblo bajo y en la chusma de la burguesía inferior, más insensata y más malvada que el pueblo bajo. Regocijáos, sí, un nuevo año, en el cual los gobiernos disipados aflojarán todavía más el freno á la canalla, y brotará un nuevo criadero de periodicachos venenosos, y cada día se irá apagando una idea sana en los pocos cerebros en que aun subsisten, y se perderán hasta las últimas apariencias del respeto para todo lo que es respetable y sagrado. Qué se nos vendrá encima este año? Se desencadenará la ira de Dios en Sicilia ó en las Calabrias, ó el infierno en las Marcas ó en la Emilia, ó los terremotos en Nápoles ó en Milán, ó un poco de todo en cada parte y al mismo tiempo? Este novecientos se me presenta con una cara peor que la del noventa y ocho, y me parece verlo con una tea en

una mano y una bomba en la otra. Año nuevo! Año nuevo! Que le festejen los locos, los descamisados y los bribones, los cuales todo tienen que esperarlo del tiempo, que se pone cada vez mejor para ellos, se comprende; pero que le sonría la gente de bien, que tiene la cabeza sobre los hombros y un techo sobre la cabeza es una cosa que da rabia y compasión. Oh pobre *terra cocorum!* Sí, sí, año nuevo. Será una hermosura de año, ya lo veréis...

UN VIEJO OPERARIO

Mala jornada. Veremos hoy los escaparates llenos de tentaciones, salir gente de las tiendas con las manos llenas de cosas suculentas, celebrar los capones en los patios de las casas, y mis pobres hijos encontrarán por las escaleras señoras y criadas con brazadas de juguetes, y yo no tengo ni una maldita peseta para comprar un caballito de cartón, y para poner en la mesa un medio kilo de bollos. Para qué ponen delante de las narices de tanta pobre gente

todas aquellas cosas, sabiendo que no puede comprarlas y que no va ganando más que malos pensamientos? Hermosa caridad cristiana! Y por qué pueden comprarlas tantos que no hacen nada, y en cambio otros muchos que viven agobiados por el trabajo todos los días del año tienen que privarse en absoluto de ellas? Explicadme esto, de modo que yo pueda comprenderlo. Ahora nos vienen con la cantilena de que la cosa cambiará, y que *comienza la aurora*, y que *cada cual tendrá según la obra que haga*, y que sé yo que más cosas. Si, hace ya bastante tiempo que lo vienen diciendo; pero *la aurora brilla* todos los días, y siempre estamos lo mismo, que el que tiene se lo guarda, y quien no tiene traga saliva amarga, como hago yo. Será para el *año dos mil*, como he oído decir que se ha impreso. Ah, no; la barraca está demasiado bien agarrada al suelo y no creo que tiene trazas de quererse derrumbar de un año para otro. Oh, que hermoso día de año nuevo voy á pasar yo, con este poco de bezofia que yo mismo me fabrico! Oh, vámonos á beber una copa

de aguardiente por ver si el año nuevo me parece menos malo en la taberna que por la calle. Felicidades, señores patronos!

UN ESPECULADOR

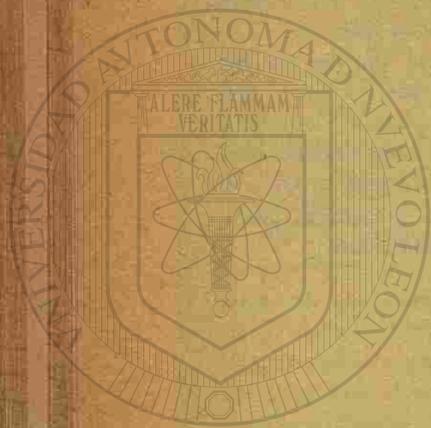
Buenas entradas y salidas de año! Y son entusiastas boerófilos los que me felicitan, raza sospechosa de postas de la política, que el diablo se lleve. De seguro sería un buen año, con ese renacimiento económico que se anunciaba en todo el país, y que hubiera abierto una «era espléndida» para nuestros mercados, si no hubiera estallado allá abajo en el infierno esa guerra devastadora, que todo lo arruina. Nos auguran un buen año á mí y al señor Krüger como si fuésemos la misma cosa, como si mi bolsa no se resintiera con cualquier traspiés que den los ingleses, que eleva el descuento del Banco de Inglaterra, al cual siguen todos los demás Bancos de Europa, produciendo una escasez de dinero, que no deja levantar cabeza á ninguna clase de valores, y paraliza los negocios. La independenciamal El de-

rechol! La zarpa británica! Ah, quisiera veros si os tocaran al bolsillo, con cuanta alegría festejabáis á las repúblicas y al nuevo año. Buen año! Buen año! Y esperando que el horizonte se despeje, será preciso mantener bajas las alas y renunciar á toda «empresa brillante» contentándome con aprovechar la «situación» para emplear el dinero á corto plazo, en descuentos y en... tímidamente, como un novato de la especulación. Qué le vamos á hacer: esperemos á que una vez cubiertas las exigencias de fin de año, se ponga el mercado monetario algo más fácil y elástico, que podamos respirar al menos. No puedo, entre tanto, comprar en este día de año nuevo los dos «solitarios» que he prometido á Nina, y tendrá que ver el hocico que ponga. Para mí el año novecientos se presenta como el año de la hociquería. Malditos los tales boers orgullosos y testarudos, que me rompen los huevos en el cesto con su manoseado heroísmo. Porque falta todavía ver quien será el último que ría: *Rule, Britannia!*

UN ESCRITOR...

Ven sin temor, oh mil novecientos. Yo te miro como se mira al caminante desconocido que pasa sin despertar en nosotros curiosidad alguna por saber quién es, de dónde viene y á dónde va. Nada espero, nada temo de tí; no tengo deseo alguno que significarte... Tu primavera será para mí fría como tu invierno, tu estío gris y melancólico como tu otoño. Ni tu, ni tus hermanos que han de seguirte, tendréis fuerza para detener el abrazo desesperado con que mi alma abraza el adorado sepulcro. Tu podrás regalarme alguno de aquellos que yo llamaba un tiempo goces de la vida; pero les arrojarás á mis pies y no les recogeré. Tu podrás examinar con la punta de tu hoz, si aun me queda algún lado débil de ambición, de orgullo ó de esperanza, de donde sacarme, al herir, lágrimas ó sangre; pero oirás por todas partes resonar el acero de una armadura impenetrable. Tu podrás surcarme de arrugas la frente, y torcerme los nervios, postrarme las fuerzas; pero no

me arrancarás ni un suspiro de dolor. Tu podrás hacer que cualquiera de tus horas me diga:—Yo soy aquélla; despídete—y de mis labios no saldrá más que una sola respuesta:—Bien venido seas.—Y ahora vete; promete, atormenta, consuela, siembra y construye, mata y fecunda, transforma y destruye. Millones de hombres, en este día, invocando de tí gracias y fortunas, levantan las copas. Yo invierto la mía.



LA «CANALLA»

Es extraño que se siga usando la palabra *canalla* (*canaglia*), sin más, para designar la hez del pueblo. Hay quien se sirve de este vocablo para designar cualquier muchedumbre ó procesión de gente «baja,» la cual, con ó sin razón, se queje de algo ó pida algo gritando, y aun en silencio. No discuto el juicio. Digo que cuando oigo decir:—la canalla,—ó frases como esta:—Ustedes se unen á la canalla,—servís, exploitais, sois explotado por la canalla,—tengo derecho á responder que no comprendo, y de preguntar á qué canalla se alude. Hay en el pueblo bajo una cantidad de gente que no trabaja, que campa de sus bribonadas, encenagada en el vicio, que roba si puede,

que no cree ni respeta nada, no tiene sentimiento de dignidad ni de amor á la patria, antes, más bien es la gangrena y la deshonra de la patria, y concluye casi siempre, y merece acabar, en la cárcel ó en el presidio. Y esta gente, aunque tenga en gran parte, la excusa de haber nacido y crecido en la miseria y en la ignorancia, es innegablemente canalla. Hay otra porción de gente, en otra clase social, que no trabaja ó trabaja en perjuicio de otro, campa también de bribonadas, es viciosa, roba si puede (y puede fácilmente y en grande), no cree ni respeta nada, no tiene sentimiento de dignidad ni de amor á la patria, y merece acabar, pero no acaba casi nunca, en la cárcel ó en el presidio. Y esta gente, por más que sea culta, rica, educada, es también incontestablemente canalla. No trato de buscar cuál de las dos, específicamente, sea más canalla que la otra. Pero, repito, tengo derecho á preguntar, cuando oigo aquella palabra, á cual de las dos se hace alusión; y puesto que el equívoco es posible, me parece justo lamentar que falte un vocablo

para designar aquella hez, por decirlo así, superior, á quien la palabra *canalla* no se suele referir. Es verdad que se podría decirle «canalla alta,» mas no responde precisamente á la necesidad. Se debería acuñar otro vocablo, nuevo, con aquella misma desinencia. Pedía un diputado francés una ley que mandase sobre el mismo vapor á tierras de deportación al hombre político corrompido y al anarquista homicida «porque son los dos aspectos complementarios de un mismo orden social, ligados entre sí como la causa y el efecto.» Yo no tengo pretensión tan atrevida. Me contento con pedir que la hez del pueblo y la hez de el alta burguesía sean selladas ambas en el diccionario. La falta de un término colectivo para significar la canalla bien vestida, me parece que da á esta, con respecto á la lengua nacional, una especie de inmunidad que es una injusticia.

Esta injusticia lingüística pertenece á un vasto orden de injusticias, en su mayor

parte inconsciente, que se cometen de continuo, no con la hez, sino con el pueblo entero. Por ejemplo, se tiene para él una cortesía especial de cualidad inferior, como el pan que come. Hay razón alguna aceptable para que un señor no deba más que tocar con el dedo el sombrero para contestar al saludo del obrero que se quita la gorra por completo? hay razón que justifique el *tu* ó la seña que usa con los perros su amo y con la cual un jovencillo llama á un hombre de treinta años, ó un hombre ya formado, á un viejo, solamente porque los unos quieren una cosa y los otros la hacen ó la llevan? hay razón por la cual se deba pasar del *ustedes* al *vosotros*, volviendo la cabeza de derecha á izquierda, cuando á la derecha tenemos una levita y á la izquierda una chaqueta? Reinan, se dice, la libertad y la igualdad, y hay mucha gente que, creyendo y vanagloriándose de ser democrática, suele tomar un tono despreciativo, sin advertirlo, cuando habla con personas de la clase inferior, ó bien se cree en el deber, si es benévolo, de tratarles con un aire fraternal grosero,

para demostrar que sabe descender hasta ellos. Muchos hay, que á la menor palabra áspera que diga un hombre del pueblo, amenazan todavía darle de palos, como cuando se consentía hacerlo, y se enfurecen como bestias por una injuria, aunque haya sido provocada por ellos, de un plebeyo, mientras se tragan pacientemente la misma injuria, si se la dice un igual suyo. Y son innumerables los que por un tropezón ó por cuatro palabras acaloradas que le conteste la gente del vulgo, amenazan con la detención ó con la cárcel como si tuvieran la policía á su único servicio. Id á las estaciones de ferrocarril, á las administraciones públicas, á los tribunales, en todas partes donde personas «civilizadas» tienen algo que hacer, por razón de su oficio, con gente de todas clases, y en todas partes, casi siempre, encontraréis en ellos, al preguntar, al responder, en las actitudes, dos acentos, dos caras, dos maneras notablemente diferentes, según que tratan con personas de la propia clase ó de la clase inferior: ó una vanidad que revela desprecio, ó una forma

de benignidad que tiene aire de compasión. Cosa extraña en verdad, que haría pensar á un hombre nuevo en el mundo, que la observara, que la gente del pueblo tiene alguna grave falta de origen que purgar hacia la clase superior; injusticia que es racional y útil hacérsela sentir continuamente para que se avergüence y se arrepiente de ella.

Las ideas de donde se derivan estos modos, las han metido en nuestras cabezas desde la niñez. Los niños oyen á la camarera que anuncia:—Ahí está un señor,—y—ahí está un hombre,—como si un señor fuese más que un hombre. Al padre y á la madre les oyen decir, por más que ostenten desprecio por las vanidades aristocráticas, en tono despreciativo de un amigo ó de una amiga de la casa:—Sabes que su padre era un campesino.—Ya su madre tenía un tenducho de mercería.—O bien:—se han enriquecido, pero despide un olorillo á albañil. Oyén tratar de holgazán á todo pobre dia-

blo que llame á la puerta y pida cinco céntimos; y en cambio del haragán que vive de la renta oyen decir por el contrario:—Bendito él.—Si no estudian se les amenaza no sólo como castigo, sino como un deshonor, con ponerles á trabajar en una fábrica. El niño bien vestido que en un ómnibus ó en otro sitio se encuentra sentado al lado de una mujer remendada ó de un hombre manchado de carbón, ve en la cara de su madre una expresión de inquietud ó de repugnancia. Oye gritar á los jugadores en las tabernas, tropieza con borrachos en la calle, encuentra jovencuelos con mujerzuelas del brazo, que dicen inconveniencias en voz alta, lee en los periódicos fechorías de ladrones y asesinos nocturnos, y de muchachuelos que se acuchillan por una palabra, y observando todos ellos pertenecen á una sola clase, concibe por ésta una aversión y un desprecio, que le duran toda la vida. Es porque el padre y la madre, señalándole á esa gente, como hacían los espartanos con los ilotas, y complaciéndose en la repugnancia saludable que le producen, no le di-

cen como debieran:—Observa, no creas que estos vicios y estas fealdades son sólo de una clase: se juega, se riñe con las armas en la mano, se ahoga la razón en el vino, se visita á mujeres públicas, se habla obscenamente y se roba la bolsa al prójimo, también en nuestra clase. Sólo que todo esto se hace en lugares y en formas que tú no ves y no sabes. Odia, por consiguiente y desprecia el vino y la abyección, que existe en todas partes; pero no á la clase que no teniendo ni el arte ni los medios de esconderlos, los manifiesta más; porque serías injusto y poco generoso.—Y así, en todas partes, conscientemente, ó por ligereza, se enseña á los niños la injusticia, la doble urbanidad, la indulgencia para las infamias charoladas y el uso de mirar antes al vestido que á la cara y de huir del bajo pueblo por razón de dignidad y de salud.

Es causa de todo esto un error profundo á que somos inducidos la mayor parte por la conciencia orgullosa de nuestra superio-

ridad: el considerar la ignorancia, la tosquedad, la brutalidad, la pobreza del mayor número de nuestros conciudadanos, no como accidentes producidos por causas de que ellos no tienen culpa ó tenemos nosotros también una parte de culpa, sino como algo de ingénito en ellos ó algo de adquirido por natural tendencia; por lo cual deban ser considerados casi como de una raza inferior á la nuestra; lo cual satisface más hondamente nuestra vanidad. En efecto, no se puede explicar de otro modo el desdén con que se suele echar en cara al pueblo sus defectos y sus miserias y la facilidad con que nos inclinamos á creer que no exista remedio ni para los unos ni para los otros. La señora distinguida se horripila y no cree si se le dice que su hermoso hijo abogado, esperanza del Foro y honor de los salones, es igual que el obrero alegre que *vocca* por la calle con la chaqueta al hombro, y que este obrero valdría tanto como su hijo, si, no ya desde la cuna, si no desde los diez años hubieran cambiado de sitio en el mundo. Por más que el segundo sea bueno,

honrado é inteligente, ella ve entre uno y otro un abismo, casi igual diferencia que entre un blanco civilizado y un negro salvaje. Nuestro amor propio nos ha conducido á dar una importancia desmedida á ciertos refinamientos de maneras, de vestidos, de lenguaje y de gustos, á considerarlos casi como caracteres fisiológicos de una familia aparte en la familia humana, y la separación casi continua que existe entre nosotros y el pueblo en la vida social sirve para mantenernos en aquel vano concepto. Mil ejemplos de madres desnaturalizadas, de hijos ingratos y crueles y de hombres bestialmente sensuales, groseros y feroces, que nos proporciona todos los días nuestra clase, no nos quitan la idea de que la dureza de corazón, la rapacidad, el furor de los placeres bajos y la brutal violencia sean casi cualidades específicas de las clases inferiores. Y esta idea, que en los más es un sentimiento sobre el cual jamás han meditado, falsea, con respecto á las cuestiones sociales, todas nuestras ideas, amontona sobre nuestro espíritu prevenciones irracio-

nales y tristes, cierra nuestro corazón á los sentimientos más generosos y más justos. Y esta misma idea es la que no nos deja ver en la vida más que una sociedad culta y floreciente, que es lo que constituye el mundo; detrás de la cual la multitud inmensa se nos presenta como una sombra ondulante, de no mayor importancia que la del fondo oscuro de un cuadro respecto de las figuras que en él campean, grandes é iluminadas.

*

De estas verdades se tienen pruebas singulares en la lengua y en la literatura. Sería estudio curioso el ir buscando todos los nombres de oficios humildes, pero necesarios y honrosos, que se usan todavía como un insulto, ó que sirven de término de comparación de desprecio, como cuando quien les ejercitaba, esclavo ó siervo, no tenía derecho para resistirse á ello. Y aun sería más curioso el entresacar, también en los escritores menos aristocráticos en ideas, y más suaves de ánimo, las palabras y las

frases irracionalmente injuriosas para órdenes enteros del pueblo, usadas por ellos sin esta intención, por la pura fuerza de la costumbre. En un drama de un célebre escritor francés, por ejemplo, encuentro un caballero por todos conceptos respetable y bueno, que en un ímpetu de cólera dice á un joven:— *Tu eres más cobarde que un ladrón y que un lacayo!*—Diantre: más vil que un criado? Y sin embargo, en su larga vida señorial, aquel autor dramático tuvo sin duda algún criado honrado, y quizá respetable, al cual no se hubiera atrevido á leer aquellas palabras. Otro escritor de alma grande, y admirable por el uso sapiente de cada palabra, al describir la insurrección de un pueblo que, después de años de privaciones y miserias á que le ha reducido un gobierno inépto, pierde la paciencia y asalta una panadería, donde no mata á nadie sino que deja á dos niños suyos muertos y á muchos heridos por las pedradas de los defensores, llama á aquella multitud tumultuosa:—*la canalla*,— que significa: tropel de gente baja y vil. Y sin embargo, no todo era canalla, si com-

prendió á los sanguinarios que querían la muerte del Vicario de provisiones. Buscando, se encontrarían otros innumerables ejemplos, que con la simple lectura no advertimos. Y esta tendencia es sensible en la misma educación intelectual, y especialmente en la literaria, la cual fomenta más que las otras el orgullo, porque en vez de inspirar en los jóvenes un sentimiento de piedad triste por tanta parte de sus semejantes, excluida por necesidad de los goces exquisitos y fecundos de la inteligencia, le induce, casi, precisamente por esto, á despreciarlos, como si no se elevasen á aquellos goces, no ya porque no pueden, sino porque no quieren, y no quieren por un innoble sentido de aversión al cual es justo corresponder. *El vulgo profano*, es una expresión típica de esta idea. Y uno de los efectos más notables de tal educación es que existan escritores de elevado ingenio y de noble corazón, que sienten aversión fiera por ciertos ideales de renovación social, en los cuales estarían dispuestos á reconocer, suponiendo que fueren realizados, grandes ven-

tajas para todos, solamente porque consideran que en la nueva sociedad amenguaría la importancia y el crédito de su aristocracia intelectual. Todo esto, está expresado en aquel iracundo: —Ignorante!— que se oye lanzar tantas veces, como un anatema, en la cara á un pobre diablo, que, por miseria, no ha llegado á asistir á la escuela.

Muchas de estas cosas las ve y las siente el pueblo con toda claridad, otros las entreve confusamente, y sospecha. De aquí resulta en gran parte la brutalidad, la insolencia, la ostentación de la villanía que se le censura. De nuestros juicios orgullosos é injustos, de nuestro lenguaje despreciativo ó compasivo, él se venga con juicios atroces y con lenguaje injurioso para nuestra clase, tratando la mayor parte de las veces de prevenirnos. Odia á la justicia y á la autoridad en nombre de las cuales, aun en nuestras contiendas privadas, le amenazamos demasiado frecuentemente con aire indudable de tenerlas de nuestra parte. Se

burla, por amor propio ofendido, y afecta despreciar la cultura, de lo cual se le inculpa, injustamente, estar excluido. Exagera la ordinariéz en las maneras por escarnecer los refinamientos de educación, que ve que utilizamos como barrera para separarnos de él. Detesta é insulta el lujo porque comprende que no lo amamos tanto por sentimiento y culto de lo bello, cuanto porque sirve para mostrarle nuestra superioridad y para aumentar su sujeción. No nos agradece las cortesías y las rechaza, porque siente que no se las otorgamos con aquella espontaneidad y en aquella medida en que las usamos con los que llamamos nuestros iguales. Experimenta una amarga complacencia en mezclarse con nosotros en los sitios públicos, con ademanes y conversaciones de una familiaridad impertinente, porque comprende que su contacto nos molesta y nos ofende. No ama, por último, antes bien desprecia, él mismo, el trabajo manual que ve honrado por nosotros con palabras, pero despreciado en el hecho, con mil señales patentes. Y los justos y bené-

volos de nuestra clase no son en número bastante para compensarle de los procedimientos de la gran mayoría, de la cual, voluntariamente ó no, se ve continuamente pinchado, herido, separado como un estorbo, una infección, una especie de estiercol social, necesario, sin duda, para que florezca la señoría; pero del cual se podría muy bien prescindir. La sorda acrimonia que existe en él no se deriva tanto del sentimiento de su inferioridad económica, como de todas estas sensaciones desagradables acumuladas, y de comprender que es considerado únicamente como maldad natural, baja envidia, avaricia de los bienes que él no tiene, cuando lo que por el contrario siente es en gran parte, un justo resentimiento provocado por la conducta de los que poseen aquellos bienes; los cuales, no satisfechos con gozar de ellos y con defenderlos fieramente, les hacen servir como argumento de soberbia, y quisieran verlos honrados y venerados, como sagrados signos de una predilección divina.

*

De esta verdad debieran persuadirse padres y madres, educadores y maestros, para romper aquella tradición funesta de prejuicios, de maneras y de lenguaje, que reavivan continuamente en el pueblo el sentimiento de división de clases y amargan el de pobreza. No hay necesidad de ser socialistas: basta tener corazón y sentido, para desear que prevalezca en las clases superiores una nueva manera de presentarse y de tratar al pueblo; un modo fundado sobre un respeto sincero y grave, sobre una sabia indulgencia, sobre una benevolencia sin asomos de favor ó de ultrajante compasión; el cual dulcifique el alma y lleve la dignidad de quien es objeto de ella. Siempre que me paro á considerar este pensamiento, viene á mi memoria un coloquio singular entre dos ciudadanos americanos, al cual asistí en una factoría solitaria de la pampa argentina. Habían trabado conversación aparte, un *gaucho* corpulento como de unos cuarenta años, de aspecto rudo y pensativo, y el Presidente de la República, á quien aquél no había visto jamás. Ambos estaban de

pie, uno frente á otro, derechos y con la cara levantada; los dos con el sombrero puesto; y al hablarse, se miraban en los ojos. No ví sobre el rostro del *gaucho* ni una sonrisa, ni un movimiento, ni un cambio en la mirada que expresase timidez, complacencia, maravilla ó intención obsequiosa, y menos en verdad, altanería. Y con esto, él reflejaba perfectamente el semblante y la actitud del Presidente, el cual no revelaba ni sentimiento de superioridad, ni intención de cortesía, ni deseo de obsequio, ni esfuerzo alguno por parecer sencillo, ni sospecha de producir imposición ó idea de agradar á su interlocutor. Este hablaba con la misma cara y con la misma voz natural y tranquila con que habría hablado á un compañero de la pampa, de un objeto indiferente á los dos; aquél le hablaba á él del mismo modo que hablaría con un Ministro suyo. A quien les hubiera visto y oído sin saber quienes fuesen, y no fijándose en la diferencia del traje, no habría pasado siquiera por la mente que hubiera entre ellos una diferencia tal de condición social. Termi-

nado el coloquio, el Presidente se llevó la mano al sombrero y dijo:—Buenos días.—El *gaucho*, hizo el mismo ademán, y respondió en el mismo tono, como un eco:—Buenos días;—aquél se acercó á sus ministros y á sus oficiales; éste se volvió entre sus carneros y sus caballos; ni uno ni otro volvieron la cabeza. Pues bien: esta me parece una escena de la vida social futura. Aquello que yo ví allí,—y que allí es efecto de la índole nacional y de las particulares condiciones de vida de los habitantes de la pampa,—ocurrirá un día en todos los países por efecto de la profunda transformación social que se prepara; y ocurrirá, cuando todos los hombres hagan su propio camino, pisando la tierra, y ninguno marche sobre el dorso de una muchedumbre sierva y envilecida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Apdo. 1028 - MONTERREY, NUEVO LEÓN

EL TENOR TAMAGNO

Le oí por vez primera en el *Trovador*, en el Teatro Colón de Buenos Aires, donde cantaba todos los inviernos hacía ya varios años y era como suele decirse en lenguaje teatral, el ídolo del público. Es curioso ¿no es verdad? que un ciudadano turinés haya oído por primera vez en América a un artista célebre que ha nacido, ha debutado y ha cantado cien veces en Turín. Fué para él una noche triunfal, y para mí deliciosa. No había oído nunca una voz de tenor tan poderosa y tan límpida, tan armoniosa y tan fácil, ni había sentido jamás con el canto una emoción tan fuerte de placer y de maravilla. En cuanto se acabó la representación entré en el cuarto del empresario Ferrari, donde, al poco rato se asomó un

hombre envuelto en una gruesa capa gris, cubierto con una extraña gorra con dos grandes orejeras de paño, que se ataban debajo de la barba y no dejaban ver más que la nariz y los bigotes, dándole un vago aspecto de cazador de focas. El empresario le nombró.—Francisco Tamagno?—dije para mí.—Este esquimal? Es imposible!—Mas era precisamente él, el Manrique deslumbrador de poco antes, trasformado en una especie de oso polar. Me congratulé de ello. Se alegró mucho al oír hablar su lengua. Pero no aceptó ni mis alabanzas, ni las del empresario.—No—dijo moviendo la cabeza—no he cantado como quería, estaba un poco cansado al final. Saben Vds. que es esta una ópera capaz de matar á un perro?—E hizo la enumeración de los trozos de fuerza con las abreviaturas profesionales:—Primero *il deserto* con aquel dichoso terceto; luego *il ferro in alto* y *gl'infami sghe-rrri*; más adelante: *Ah si bien mio*, y la pira, y la torre y los *nostri mouti*... Es inacabable. Basta, otra vez me levantaré.—Me sorprendió y me agradó después de aquella tor-

menta de aplausos la modestia de aquellas excusas, que aparecía tan sincera en la misma sencillez de sus palabras y en lo poco que se descubría de su semblante, alegrándome mucho de haber encontrado finalmente á mi hombre: lo que habría podido apagar mi curiosidad antigua y vivísima de conocer la vida, las costumbres, las emociones y las miserias propias de un gran artista de canto, de uno de aquellos *divos* privilegiados de la naturaleza y de la fortuna, cuya existencia es un viaje triunfal á través del mundo bajo una lluvia de coronas y de billetes de mil pesetas. Pero el *divo* se fué casi de repente y por una serie de coincidencias desfavorables no lo volví á ver en mucho tiempo.

Catorce años después, nada menos, y en mi casa, cuando todavía era feliz, y en un tiempo que ahora me parece remotísimo. Los miles de *dos de pecho* que había soltado en aquellos años en los más grandes teatros del mundo, no le habían envejecido un

punto, como los triunfos que había alcanzado después de aquella temporada de Buenos Aires, y que fueron los más gloriosos de su vida, no habían alterado en lo más mínimo la sencillez modesta y cordial de sus maneras. Era siempre aquel hermoso granadero fornido y floreciente, de menudos ojos sonrientes y de bigotillos rubios apuntados, inmune para las canas, conforme le había visto con la capa encarnada del *Trovador*, y todavía tan derecho y vivo que podía pasar por cuarenta sus cuarenta y ocho años, con la certeza de engañar hasta el ojo de un amigo, con su caraza abierta, con la risa pronta y sonora de un hombre sano y contento.

Apenas entró mi mujer y mis hijos vinieron á sentarse en torno, movidos no sólo por la curiosidad de conocer al grande artista, sino también por la esperanza de recoger también alguna de aquellas monedas menudas de su tesoro, que suele lanzar conversando, por capricho ó por juego, de un millonar de notas igual á él, que tiene para derrochar y para guardar. Al cabo de

cinco minutos de conversación á todos nos pareció ya un antiguo amigo de la casa. Y es ciertamente una de aquellas naturalezas con las cuales el *Usted* es un instrumento gramatical estridente, que siente una necesidad de dejar á un lado cuanto antes.

Y sin embargo, sabiendo que á ciertos hombres que se han hecho famosos no les hace gracia recordarles la humildad de su origen, yo, poco perspicaz, dudaba de sacar la conversación sobre este punto. Fué él mismo quien espontáneamente, acometió la propia biografía desde el primer momento con una complacencia tan manifiesta y tan alegre, que me avergonzó de mi duda, como si fuera una injuria.

Procedo del pueblo.—Soy hijo de mis obras—dijo riéndose, y se corrigió en el acto:—No quiero decir de las *óperas* que he cantado, que no son más... Su padre tenía un fonducho. Su niñez fué dura. Durante varios años se levantó á las cuatro de la mañana para poder atender á las labores domésticas, que eran rudas. Eran quince entre hermanos y hermanas. En el curso

de dos años el cólera y el sarampión se llevaron al otro mundo á diez, y tan terrible golpe abrevió la vida de su madre, que no se daba punto de reposo por el bienestar de sus hijos. La hermosura de la voz fué una cualidad común á toda la familia. Su padre era conocido por su voz estupenda de tenor, que no cultivó, y alguno de sus hermanos tuvieron el mismo dón de naturaleza. Cuando él entraba en la adolescencia se iba difundiendo entre la juventud del pueblo turinés la pasión por el canto coral. Él y un hermano suyo entraron en una sociedad de jóvenes *dilettanti*, que pagaban á un maestro diez céntimos cada uno por semana, y hacían sus ejercicios bajo el puente de la Dora, con los pies sobre el casco.

Mas parece que el arte no sirve para hermanar á los hombres bajo los puentes como tampoco los hermana sobre las tablas, puesto que la envidia arrojó bien pronto del cánculo fluvial á los dos pequeños tenores que tenían sobre todos los demás una superioridad de voz intolerable. Entonces fueron á buscar lecciones al Liceo musical, don-

de juzgaron que sus voces eran excelentes; pero quizá no igual á las voces las aptitudes artísticas, porque el buen maestro Pedrotti les dijo un día que, perseverando en el estudio, podrían llegar á ser con el tiempo dos óptimos coristas, que se ganarían un buen jornal yendo á cantar á Inglaterra.

Con palabras tan animadoras se desanimaron ambos, echándose la cuenta de que estudiar durante varios años, y vivir tanto tiempo á cargo de la familia para no llegar más que á coristas! En verdad, *que no valía la pena*. El teatro no hará nada por nosotros. Mejor será abandonarlo, y lo abandonaron.

Un caso afortunado persuadió inesperadamente al joven Tamagno que «valía la pena». Se representaba en el teatro Real el *Polinto*, con el célebre tenor Mongini. Enfermó un día de improviso el segundo tenor y no sabiendo el empresario como sustituirlo así de pronto, el maestro Pedrotti pensó dirigirse al alumno, cuya hermosa voz recordaba, le mandó llamar y le preguntó si se sentía con fuerzas para apren-

dar á escape la pequeña parte que tenía propósito de confiarle. El jovencillo respondió con valentía que sí y se puso á estudiar. La parte era poca cosa; pero había una frase que se prestaba bastante bien para dar una muestra de una voz poderosa.

Era el verso

L'anima no, che l'anima è di Dio.

No se trataba—dijo Tamagno guiñando un ojo,—más que de hacer una pequeña traición á Donizetti, una *puntatura in si* en el *Dio* final; fué un amigo quien me lo sugirió; de esta manera...

Y cantó la frase, lanzando con toda su fuerza la nota.

Es imposible decir el efecto que produjo en la habitación cerrada aquella explosión de voz que habría llenado el teatro de la Scala, aquel *Dio* que habría sacudido la conciencia de un ateo; nos pareció que las paredes y la casa entera temblaban como sacudidas por un terremoto; la cocinera acudió espantada y arrebatada al mismo

tiempo por aquel grito angelical, y todos nosotros sentimos aquello que el célebre actor Irving dijo que sintió al oír el sonido de ciertas notas de Tamagno: la sensación de una ducha fría en la nuca, y la impresión de una llama por las venas.

No había para que el artista terminase su relación. Más de un espectador del teatro Real sabían el efecto que había hecho aquella nota inesperada del cantante desconocido: primero una impresión de sorpresa y luego un huracán de aplausos... que luego duraron treinta años.

Le di gracias por el regalo.—No—me contestó riendo,—no es un regalo, es un relleno de la conversación. Cantar y hablar es para mí la misma cosa. Al contrario prefero muchas veces cantar á hablar. Cuando me dan un banquete, por ejemplo, y me dedican brindis, que exigen una contestación de gracias, yo me levanto y digo:—Señores, no soy orador: en vez de hacer un discurso si me lo permiten cantaré.—La alegría con que aceptan siempre mi proposición hace poco honor á mi elocuencia;

mas yo soy cantante porque salgo más al roso del empeño.

En efecto; en un banquete al cual le habían invitado en Turín hacía pocos días, se subió sobre una silla y cantó una cancioncilla piamontesa de Brefferio, provocando un entusiasmo que hubiera envidiado el mismo Demóstenes. No ha habido jamás cantante célebre más pródigo que él, de su propia voz. Ciertos amigos suyos, cuando él les ruega que jueguen á lo que es su pasión, le suelen contestar:—Si quieres que juguemos, canta,—y él canta con tal de que jueguen. Otros le hacen cantar con estratagemas infantiles, de las cuales no se da cuenta: pidiéndole que les recuerde un motivo muy conocido, que fingen no recordar, ó preguntándole como ha podido conseguir vencer ciertas dificultades de su arte, que no puede explicar sino cantando. Una noche de verano, después de una representación de *Cavalleria rusticana*, que él había oído por primera vez, habiéndoselo llevado un grupo de amigos á un pequeño círculo del Corso Vittorio Emanuele, que estaba

en el primer piso; él, entre bocado y bocado de la cena, volvió á cantar casi toda la ópera, de tal suerte que al levantarse para marchar vieron por las ventanas abiertas que se había reunido en la calle una gran muchedumbre, todos con la nariz en alto, como delante de una casa incendiada.

*

Mas si bien, como él dice, le es más fácil cantar que hablar, es más elocuente discutiendo de su propio arte y también usando la lengua italiana, que habla con pronunciación subalpina pero con corrección y con agilidad, como casi todos los artistas. Ah, ese bendito «culto público», del cual una buena parte cree que el que tiene el dón de la voz, le basta con lanzarla al aire para ser artista. Tamagno puede decir algo sobre esto, él que no ha logrado triunfar sino al cabo de largos años de ejercicios y de grandes esfuerzos para corregir la «impostatura» de su voz, que era defectuosa. El insigne maestro Platania de Palermo fué quien primero le advirtió de tal defecto, dicién-

dole que cantaba con la boca demasiado abierta, que si hubiera continuado de este modo se habría estropeado en un par de años, que debía recoger más la voz, redondeándola y dándole morbidez y una modulación más dulce y de más color. Y preguntándole yo insidiosamente, que es lo que propiamente se debía entender por «impostatura» de la voz, me dió enseguida una explicación práctica, haciéndome oír la impostatura particular de Masini, de Stagno, de Patierno y de otros tenores célebres, con tal fidelidad de imitación, que parecióme estar oyendo una nota de cada uno, y luego, para que advirtiera mejor la diferencia, me dió una muestra de la suya: *quod erat in vobis*.

—*Afortunada garganta!*—le dije, para recordarle su amada Buenos Aires.

—No,—me contestó—la voz no está en la garganta: está en los pulmones.—Y añadió luego, golpeándose con una mano la amplia caja torácica:—La voz está aquí—y me hizo oír la profundidad formidable de su respiración, semejante al resoplido del

fuente de una fragua.—Suele decirse de un cantante acabado que no tiene la garganta de un tiempo. Eh, no! La garganta en la mayor parte de los casos allí está la misma que siempre: es la fuerza de los pulmones lo que se ha perdido. Lo siento aquí dentro como una bombal Oiga V. como sostengo la nota.—Y atacando un *si* lo prolongó por tanto tiempo, que me hubiera bastado para escribir con hermosa caligrafía un verso martelliano; una de aquellas grandes notas de quinientas liras cada una; que, al oírlas en casa, sin acompañamiento, á un paso de distancia del que las emite, después de haberlas oído tantas veces desde lejos, en teatros llenos y resplandecientes, en medio de cien sonidos de orquesta, causan un placer vivo y nuevo, semejante al que se experimentaría viendo de cerca, pegada á nuestros ojos, en la sencillez del traje matutino, una famosa y hermosísima mujer, que no hubiéramos visto más que á distancia, en coche ó en un palco, con toda la pompa de sus trajes de princesa.

Y ciertamente la voz de Tamagno no acusa hasta la fecha síntoma ninguno de decadencia (diciembre de 1899): cosa rara en un tenor próximo ya á doblar el promontorio de los cincuenta, y debido sin duda á la vida sobria que lleva, á los rigurosos y constantes cuidados con los cuales custodia su tesoro, que es delicado y fugitivo como la belleza de la adolescencia. No imaginaba yo, antes de oírsele á él mismo, que una hermosa voz fuese una tirana tan terrible de la vida. Cuántas monásticas privaciones y cuantas mortificaciones de todo género de deseos! Y además mil precauciones fastidiosísimas de enfermo, los paseos reglamentados por el termómetro y por el barómetro, y los tristísimos é interminables días trascurridos en la prisión de un cuarto de una fonda, mirando con envidia, por detrás de los cristales, la libertad despreocupada del común de los mortales que corren á sus quehaceres á través de la nieve y de la niebla. No tanto, claro está, en nuestros climas, simpáticos á los pájaros que cantan; en Italia, en España, en la

República Argentina le parece estar en el paraíso terrenal. Pero en Francia ya es otra cosa, y peor en Inglaterra y en los Estados Unidos, y peor que peor en Rusia, donde su voz está en constante peligro y su vida es un verdadero martirio. En Chicago una noche de viento frío se indispuso hasta no poder cantar durante ocho días solamente por haber abierto la boca, al bajar del coche para decir á un amigo suyo:—Vamos.—Aun en los mismos climas favorables debe temblar de Baco y de Tabaco, estudiar la cocina, mantener siempre viva la elasticidad de todos sus órganos, y sobre todo: mucho cuidado con engordar! Es la plena salud en que se encuentra la que le consiente cantar en todo momento como á los veinte años, y la que le permitirá hacer nuevamente para el esperado *Rey Lear*, de Giuseppe Verdi, lo que hizo con el *Otello*: cuarenta ensayos seguidos, cantando en todos ellos á toda voz.

Mientras refería estas cosas, observaba yo que su voz en la conversación es una voz comunísima que no da indicio alguno

de su extraordinaria voz de cantante. Y se lo dije.—Me sorprende que en V., cuando habla, quede tan bien escondido el tenor.

—No siempre—contestó, sonriendo.—El tenor se revela cuando monto en cólera.

Le obligué á hablar de sus triunfos más memorables. Son cuatro que los guarda sobre todos en su corazón: las primeras representaciones del *Otello* en Milán y en París donde impuso él que la ópera fuese cantada en italiano por todos los artistas; el primer buen éxito que logró alcanzar en Berlín, donde el público frío en el primer momento, se puso en pie en masa de un salto, levantado por la emoción al oírle el himno del *Profeta*, y la noche que salió á las tablas por vez primera en Buenos Aires en el teatro Colón, en 1878, á cantar la *Traviata* con la Ponzoni.—Noches como aquellas—suspiró—no volverán más!

Mas recuerda también con gran placer dos sucesos de naturaleza bastante diversa de todos los demás: la profunda y cómica

impresión al mismo tiempo, que despertó su voz en los actores de un teatro chino en San Francisco, que no teniendo idea alguna de nuestro canto (en el Celeste Imperio no hay canto propiamente dicho), no comprendían de donde pudiesen salir sus notas poderosas, y miraban en derredor como para buscar en el aire la explicación de aquel prodigio; y la estupefacción todavía mayor que él produjo en una compañía de Singaleses, que habían venido á dar funciones en Turin, y á los cuales, después de oírles las monótonas canturias con que acompañaban sus danzas religiosas, les dió una muestra del arte propio.

La expresión atónita de sus rostros, las sacudidas que daban con todo su cuerpo al oír las notas agudas, y la curiosidad con la que después del canto, le palparon el pecho y trataron de mirarle la boca para descubrir el instrumento que daba sonidos tan maravillosos, fueron una de sus más agradables satisfacciones de artista.

Le pregunté á cual de los muchos países en que había cantado volvería con más

gusto. A Rusia—me contestó—á Montecarlo y á Buenos Aires; pero, por razones muy diferentes.

A Rusia, porque por más que esté llena de peligros para su garganta, adoran allí la música italiana y la gente va al teatro lírico para oír al artista más que la ópera, el canto más que la orquesta. A Montecarlo porque además de que allí encuentra amigos de todos los países, no le da ninguna preocupación el público, el cual da una escapada al teatro entre una fugada y otra para distraerse un momento, escuchando casi con un solo oído, sin ninguna exigencia crítica; lo cual deja á los artistas en una libertad de espíritu agradabilísimo. Y en Buenos Aires porque allí le parece estar en Italia y todos le quieren, y se apasiona por la política del país; en la cual hasta llegó á tomar en una ocasión parte activa, como él dice bromeando, porque en no sé qué revolución, habiéndole reconocido en la calle una multitud sobrecitada que pasaba le obligaron á cantar el himno argentino subido en una mesa café. Y mucho debe querer á aquel país

para haber ido diez veces lo menos á cantar allí, él, que entre todas las víctimas del mareo, no hay ninguna que odie más el agua salada.

Fáciles de imaginar son sus gustos, ó por mejor decir, sus afectos en materia de música: prefiere á la nueva la antigua, en la cual no siendo dominado por la orquesta hace triunfar la voz en su hermosa y fresca desnudez, que puede afrontar sin velo cualquier juicio. Lamenta el olvido en que yacen muchas viejas óperas que á su parecer, se rejuvenecerían si fueran ejecutadas como es debido.

La *Traviata*, que cantó hasta con la Patti en América del Norte, es una de sus predilectas. Entre las otras de Verdi, de la que habla con más cariño es de *Otelo*: en la cual obtuvo el éxito más grande de artista, de actor y quizá más recitador de escultor de la frase y de la palabra, gracias á la enseñanza del maestro, principalmente. Quien no recuerda la energía admirable con que

va diciendo las sílabas de aquel *Addio, sante memorie*, en el cual se siente volar los dardos, el toque de diana y casi el rumor de un ejército que se despierta?

Mas sean las que quiera sus predilecciones él siempre canta con igual ardor todas sus óperas, se entrega al público en cuerpo y alma, más por impulso instintivo, que de propósito. Dice que á veces cuando no se encuentra en perfectas condiciones de salud, se propone, al ir al teatro, atender á su comodidad «como hacen con frecuencia otros muchos;» pero, que en seguida que pone el pie en escena, todo propósito de la pereza desaparece, la ambición lo azuza, le invade la pasión y se lo lleva el diablo.

— Creerá V. — dijo acalorándose — que después de treinta años de teatro, siento siempre al presentarme en el proscenio, la misma emoción que en los primeros años? Que todo público nuevo me causa miedo? Que una primera acogida fría todavía me hiela la sangre en las venas, y que el primer estallido de aplausos me hace saltar el corazón como en los primeros días de mi carre-

ra? Y que algunas veces un *bravo* solitario pero caluroso y sincero, arrancado á un oyente en medio del silencio de todos, me hace más efecto que una ovación clamorosa del teatro entero?

Y riéndose me contó que uno de los momentos más agradables de su vida artística fué cuando en un teatro de Bolonia al disponerse á cantar el *Lasciami in pace morire omai* del Poliuto, estando en el fondo de la escena, oyó la voz emocionada de un oyente del paraíso, que creyendo que se había quedado detrás por timidez y deseando verlo más de cerca, le gritó en dialecto romafiolo: — *Eh; veu avanti...* (Eh; adelántate y no tengas miedo, hombre,...)

En este punto se me vino á los labios una pregunta que hacía rato pensaba hacerle: deseaba yo saber qué impresión le causaba á él el sonido de su propia voz y el efecto mudo pero evidente en la inmovilidad y actitudes de las caras, que la misma producía en el auditorio. La respuesta correspondió á lo que yo me imaginaba. Me había yo imaginado que debía ser una de las mayo-

res dulzuras humanas la que da á un gran artista de canto la onda de armonía que siente él brotar de su pecho y extenderse é invadir la multitud; que la música que él canta le ha de parecer en aquellos momentos como si naciera de su cerebro y de su corazón, salida del alma suya como la voz sale de su cuerpo; y que todo su ser libre en aquellas notas con una vida inmensa, muestre su alegría por la propia fuerza y por el propio imperio como en un vasto abrazo amoroso en el cual sienta palpitar y agitarse millares de vidas. Esto dijo con otras palabras más sencillas pero bastante más elocuentes que las mías, Tamagno, deteniéndose de vez en cuando para buscar la frase, y frotándose las manos con impaciencia, como diciendo:—Ah, si pudiera cantarte lo que quiero decirte, cuánto mejor te explicaría las cosas!

*

Una de las señales de su índole buena es cómo habla de sus émulos; especialmente de Massini, cuya voz y cuyo arte alaba con

las palabras más calurosas de admiración. Un ruiseñor,—dijo—un violín! Cómo! No le ha oído V.? Pues bien, no se puede formar una idea de la suavidad, de la dulzura angélica de aquel canto. No he oído otro igual en mi vida que penetre tan profundamente en el corazón, y que arranque lágrimas como hace él, con aquella voz celestial, que no se le ve salir de la boca y parece que viene por los aires.

En ninguna otra conversación, sin embargo, manifiesta mayor su alma que hablando de su madre. Tiene un culto religioso por su memoria. Era una mujer amorosísima, buena, sencilla. Ya cuando él profecía con largueza á las necesidades de la familia, seguía ella vestida lo mismo que en la época de estrechez, con su pañuelo de colores á la cabeza, como la mujer de un obrero. Así, en efecto, recuerdo haberla visto por las calles de Turín varias veces, donde muchos la conocían y la señalaban con respeto:—Ahí va la madre de Tamagno. Y aun recuerdo más, recuerdo haber oído decir, que Francisco había sido desde niño

su hijo predilecto, porque era el más afectuoso y el más dócil de los hermanos, y el que más trabajaba en casa para ayudarla en las faenas domésticas. Y él le probó toda su gratitud apenas pudo, enviándole los ahorros que hizo de sus primeras ganancias; las cuales fueron escasas por mucho tiempo, porque aquel afortunado *l'anima é di Dio*, fué más bien el principio de su fama pero no de su hólgora, pues no le valió más que una escritura de ciento cincuenta liras mensuales por tres años. Pero, le era muy dulce sufrir privaciones con tal de embellecer algo la vida á su madre. Dice que su imagen la tuvo siempre presente en los momentos más felices y en los más dolorosos de la vida, que mil veces en las grandes ciudades extranjeras, se sobresaltó su corazón viendo á lo lejos, en medio de la multitud, mujeres del pueblo que se le parecían mucho, y que en los teatros espléndidos, cuando estallaban más estruendosos los aplausos, le pareció siempre ver agitarse, entre las millones de manos que aplaudían, aquellas dos pobres y queridas

manos que le habían hecho tantas caricias y le habían enjugado tantas lágrimas, que habían trabajado tanto para suavizarle la pobreza y abrirle camino en el mundo. Desgraciadamente, faltó ella antes que llegase él á la cúspide de su carrera: murió casi de improviso, de un ataque de apoplejía.

La noche antes, la madre y el hijo soñaron los dos que les había mordido una serpiente. Tamagno cree que fué aquel sueño un anuncio misterioso de la desgracia. Esta le dejó anonadado. Muchos años después, cantando un *requiem* por su madre en una iglesia fué sobrecogido por emoción tan violenta, que tuvo que dejar de cantar y se lo llevaron casi desvanecido.

—Siempre que estoy triste—dijo—voy al camposanto, y me estoy delante de la tumba un rato, pensando en ella con los ojos cerrados para no distraerme de su imagen, pareciéndome que la estoy viendo y que oigo su voz, la hablo, me responde, estamos juntos como cuando estaba viva. Luego me voy más consolado.

Y este gran amor filial es ciertamente lo

que le ha conservado sencillo y modesto en la fortuna, lo que le hace recordar tan frecuentemente á su familia y su pobre niñez con un sentimiento de complacencia al par que de orgullo, que le honra y le hace más amable; y es también este amor, la necesidad de encontrarse en los lugares que le hablan de su madre, de vivir cerca de su tumba, lo que le hizo afirmarse en el propósito de establecerse en Turín, cuando deje el Teatro para siempre. Siempre que pudo hizo una escapada á su querida Turín, y se detuvo en ella cuanto pudo. Era ya célebre cuando se le veía aparecer de improviso, yendo en busca de sus antiguos compañeros y con ellos revivía un día alegre como los de la primera juventud, prolongando la fiesta hasta noche avanzada y cantando por las calles, con gran placer de los buenos burgueses acostados ya, que se removían al oír el sonido de la maravillosa voz y exclamaban:—Bah! Es Tamagno!—Su nombre es popular aquí hasta entre los mismos obreros de la nueva generación que no le han oído en el teatro. Cualquiera mu-

jer del pueblo á quien le parezca que la voz de su hijo promete, suele decirle á sus amigas:—Quién sabe si llegará á ser otro Tamagno!—Y no hay familia del pueblo en el barrio donde nació, que sufra alguna privación, no hay modesta sociedad necesitada de dinero, que no acaricie la esperanza de un concierto caritativo, que al menos no exprese el deseo de alcanzarlo, por decirlo así, como de que saque algún premio de la lotería:—Ah, si pudiéramos hacer cantar á Tamagno!—Si él se hubiera prestado nada más que á la centésima parte de las peticiones, habría reventado hace veinte años.

Después de su madre y de la música, el asunto sobre el cual recae con más frecuencia su conversación es su ciudad de Varese, donde tiene renvidas todas las memorias de su triunfal carrera artística, y entre otros objetos sus espléndidos trajes de teatro; una admirable colección de mariposas y de pájaros que cuida él mismo y que van á visitar hasta los naturalistas extranjeros, y

una gran colección de caricaturas (que se enriquece de continuo) hechas para él por el ilustre acuarelista español, Perea: caricaturas de soberanos, de ministros, de escritores, de artistas célebres de todos los países, verdaderas maravillas en el parecido, y que la mayor parte tienen una intención satírica agudísima, que duplica su valor. En medio de todas estas cosas hermosas, entre una y otra de sus escapadas á través de Europa y del Atlántico, descansa haciendo de jardinero, hortelano... agricultor, y ejercitando todos los días su voz, enyas notas limpidísimas se extienden á lo lejos por el campo y se mezclan á los gorgoros de los pájaros del jardín. Los cuales, si tuvieran el poder de entenderse entre sí, le expulsarían también ellos del coro por envidia, como hicieron aquellos compañeros de un tiempo que cantaban bajo el puente del Dora. He dicho que descansa: pero se debe entender en cuanto este descanso es permitido á un artista de su fama, asediado por todo género de aspirantes á las tablas, que solicitan un juicio sobre la propia voz,

maestros principiantes que quieren que sea él quien oiga su primera partitura, colegas sin garganta ya que necesitan auxilio, y por los infinitos postalantes de la beneficencia canora para los cuales no existe ni sagrada soledad, ni puerta inviolable. Celebridad y quietud no se encuentran juntas más que á la *sombra de los cipreses*.

Tamagno se encontraba entonces en un período feliz de la vida: se había casado hacía poco su hija única, una graciosa muchacha de diez y ocho años, muy parecida á él en la parte superior de la cara, y tan gentil ella en sus formas como él era poderoso. No heredera de su voz, mas hallábase dotada de raras facultades dramáticas, de las cuales dió pruebas admirables en el teatro de la villa paterna. Le pregunté si en el pasado no había tenido alguna vez la idea de hacerla «pisar las tablas.» Se me quedó mirando con una mirada muy expresiva, y me contestó un:—*jamás!*—mucho más elocuente que la mirada: un *jamás* de

Otello padre, que hacía ociosa toda explicación.

Aquella hija es su reina, su diosa, su gloria. Con ella, aun niña, hizo sus pruebas mímicas del último acto del *Otello*, para la primera representación en Milán: la niña hacía la parte de Desdémona moviéndose oportunamente con precocidad de intuición dramática, y sin amedrentarse de su entrecejo austero y de sus ímpetus moricidas. Durante muchos años hizo él con su hija el oficio de madre: la vestía, le abrochaba los botones, la acostaba y la dormía con aquel cántico dulcísimo suyo, con el cual tenía despiertas á otros millones de criaturas humanas. En medio de sus triunfos lejanos, suspiraba siempre por la vuelta, pensando en ella, y los días que recibía una carta suya en gruesos caracteres, se elevaba más ardiente en los teatros el himno del Profeta y sonaban más dulces las notas amorosas de Armando y de Raul. En ella se condensan ahora todas sus esperanzas y sus ambiciones. Estaba prometida á un joven milanés, bueno y culto como ella, hijo de un

industrial conocido. Los esponsales se debían celebrar dentro de dos meses en una capilla que erigió en la villa su mismo padre.

—Se quieren bien,—dijo—serán felices. Yo no deseo más en este mundo.

Esto me dijo mientras cenábamos juntos en un cuarto del *restaurant Cambio*, y precisamente en aquel sitio, le llevaron un telegrama de su hija, á quien él esperaba aquel día en Turín, en el cual le advertía que había anticipado tres horas la salida. Al buen padre se le iluminó el rostro como cuando en el *Poliuto* entona la frase *Balenó divino raggio*, y allí en el ímpetu de la alegría, para compensarme de la hora de compañía que me iba á quitar, inclinando hacia adelante, apoyado en la mesa me dijo al oído:—Una de estas noches volveré á su casa y... *cantaremos*. Aquel plural que, si yo fuese un *dilettante* de canto, me habría aterrado, dió por el contrario un delicioso sabor cómico á la agradable noticia. Pero desde aquel punto, por más de que él siguiera hablando como antes, advertí que

ya su pensamiento no estaba conmigo, sino con la pequeña Desdémona de la villa de Varese, que había desaparecido el artista y no tenía ante mí más que al padre. Todavía se reveló una vez el tenor cuando se presentó el camarero con la cuenta, que él trató de arrancarme de entre mis manos con un hermosísimo: — *A me!* — en la natural, que pagaba con creces la comida.

Extravagancias del acaso. Jamás había pensado que me pudiera ocurrir tenerme que hacer el sordo á una nota de Tamagno!

FIN

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
Escribiendo un libro.	5
Juan Bottero.	33
Simpatía.	51
Año Nuevo.	101
La «canalla».	149
El tenor Tamagno.	169

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MEXICO

ya su pensamiento no estaba conmigo, sino con la pequeña Desdémona de la villa de Varese, que había desaparecido el artista y no tenía ante mí más que al padre. Todavía se reveló una vez el tenor cuando se presentó el camarero con la cuenta, que él trató de arrancarme de entre mis manos con un hermosísimo: — *A me!* — en la natural, que pagaba con creces la comida.

Extravagancias del acaso. Jamás había pensado que me pudiera ocurrir tenerme que hacer el sordo á una nota de Tamagno!

FIN

INDICE

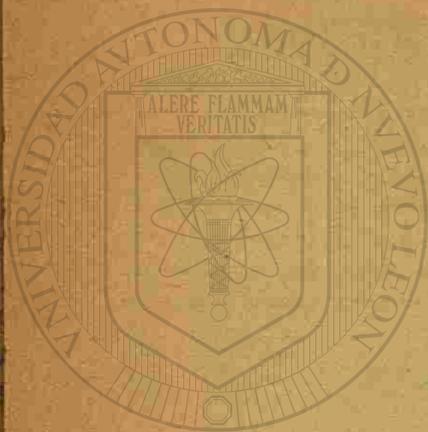
	<u>PÁGS.</u>
Escribiendo un libro.	5
Juan Bottero.	33
Simpatía.	51
Año Nuevo.	101
La «canalla».	149
El tenor Tamagno.	169

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

COLECCIÓN DIAMANTE

TOMOS PUBLICADOS

1. *E. de Campoamor*. Doloras, 1.^a serie.
2. Doloras, 2.^a serie.
3. Humoradas y cantares.
4. Pequeños poemas, 1.^a serie.
5. Pequeños poemas, 2.^a serie.
6. Pequeños poemas, 3.^a serie.
7. Colón, poema.
8. Drama Universal, poema, primer tomo.
9. Drama Universal, poema, segundo tomo.
10. El Licenciado Torralba.
11. Poesías y Fábulas, 1.^a serie.
12. Poesías y Fábulas, 2.^a serie.
13. *E. Pérez Escribá*. Fortuna.
14. *A. Lasso de la Vega*. Rayos de luz.
15. *Federico Urrecha*. Siguiendo al muerto.
16. *A. Pérez Nieva*. Los humildes.
17. *Salvador Bueda*. El gusano de luz.
18. *Sincio Delgado*. Lluvia menuda.
19. *Carlos Frontaura*. Gente de Madrid.
20. *Miguel Melgosa*. Un viaje á los infiernos.
21. *A. Sánchez Pérez*. Botones de muestra.
22. *J. M. Mathou*. ¡Rataplan!
23. *Teodoro Guerrero*. Gritos del alma.
24. *Tomás Lucero*. Romances y otros excesos.
25. *L. Ruiz Contreras*. Palabras y plumas.
26. *Ricardo Sepúlveda*. Sol y Sombra.
27. *J. López Silva*. Migajas.
28. *F. Pi y Margall*. Trabajos sueltos.
29. *E. Pardo Bazán*. Arco iris, cuentos.
30. *E. Rodríguez Solís*. La mujer, el hombre y el amor.
31. *M. Matoses (Corzuelo)*. ¡Aisluyas finas!
32. *E. Pardo Bazán*. Por la España pintoresca (visajes).
33. } *A. Flores*. Doce españoles de brocha gorda.
34. }
35. *José Estremera*. Fábulas.
36. *Emilia Pardo Bazán*. Novelas cortas.
37. *E. Fernández Vaamonde*. Cuentos amorosos.
38. *E. Pardo Bazán*. Hombres y mujeres de antaño.
39. *J. de Burgos*. Cuentos, cantares y chascarrillos.
40. *E. Pardo Bazán*. Vida contemporánea.
41. } *Jacinto Laballa*. Novelas íntimas.
42. }
43. *Fr.^a Sarasate de Mena*. Cuentos vascongados.
44. *F. Pi y Margall*. Diálogos y Artículos.

45. *Charles de Bernard*. La caza de los amantes.
 46. *Eugenio Sué*. La Condesa de Lagarde.
 47. *Rafael Altamira*. Noveletas y cuentos.
 48. *J. López Valdemoro*. La niña Araceli.
 49. *Rodrigo Soriano*. Por esos mundos...
 50. *Luis Taboada*. Perfiles cómicos.
 51. *B. Pérez Galdós*. La casa de Shakespeare.
 52. *J. Ortega Munilla*. Fina.
 53. *F. Salazar*. Algo de todo.
 54. *Martiano de Cavia*. Cuentos en guerrilla.
 55. *Felipe Pérez y González*. Peccata minuta.
 56. *Francisco Alcdñlara*. Córdoba.
 57. *Joaquín Dicenta*. Cosas mías.
 58. *J. López Silva*. De rompe y rasga.
 59. *Antonio Zozaya*. Instantáneas.
 60. *José Zahonero*. Cuentecillos al aire.
 61. *Luis Taboada*. Colección de tipos.
 62. *Benamarchais*. El Barbero de Sevilla.
 63. *Angel R. Chaves*. Cuentos de varias épocas.
 64. *Alfonso Karr*. Buscar tres pies al gato.
 65. *Francisco Pi y Arsuaga*. El Cid Campeador.
 66. *Vital Aza*. Pamplinas.
 67. *Antonio Peña y Goñi*. Río revuelto.
 68. *Enrique Gómez Carrillo*. Tristes idillos.
 69. *Nicolás Estébanes*. Calandracas.
 70. *V. Blasco Ibáñez*. A la sombra de la higuera.
 71. *A. Dumas, hijo*. La Dama de las Camelias.
 72. *Joaquín M. Bartrina*. Versos y prosa.
 73. *Francisco Barado*. En la brecha.
 74. *Luis Taboada*. Notas alegres.
 75. *Xavier de Montepin*. La señorita Tormenta.
 76. *Antonio Zozaya*. De carne y hueso.
 77. *Xavier de Montepin*. Muerto de amor.
 78. *Conde León Tolstói*. Venid á mí.....
 79. *Alfredo Calderón*. A punta de pluma.
 80. *Enrique Murger*. Elena.
 81. *Luis Taboada*. Siga la broma.
 82. *Laura García de Giner*. La Samaritana.
 83. *Cyrano de Bergerac*. Viaje á la luna.
 84. *Eugenio Antonio Flores*. ¡Huérfanal!
 85. *Teófilo Tourgueneff*. Hamlet y Don Quijote.
 86. *Alicia Pestana* (Caiel). Cuentos.
 87. *Angel Guerra*. Al sol.
 88. *T. Dostoiévsky*. Alma infantil.
 89. *Edmundo de Amicis*. Aire y Luz.
 90. *Laura García de Giner*. Valentina.
 91. *Edmundo de Amicis*. Manchas de color.

2 reales tomo

VENTA DE HIJOS

NOVELA ESPAÑOLA

POR

M. Martínez Barrionuevo

Un tomo en 8.º, Ptas. 3'50

EL PROLETARIADO MILITANTE

POR

ANSELMO LORENZO

Un tomo en 8.º, Ptas. 3

SANTIAGO RUSIÑOL

El jardín abandonado®

TRADUCCIÓN DEL CATALÁN

POR

MIGUEL SARMIENTO

Un tomo en 8.º, Ptas. 2

RESUMEN

DE LA

Historia de España

POR

NICOLÁS ESTÉVANEZ

Un tomo en 8.º, encuadernado en tela, Ptas. 2

VALENTÍN ALMIRALL

EL CATALANISMO

EDICIÓN EN LENGUA CASTELLANA

Un tomo en 8.º, Ptas. 4

Jardins d' Espanya

EXPLÉNDIDA PUBLICACIÓ

DE 40 QUADROS EN COLORS

deguts al notable artista

SANTIAGO RUSIÑOL

Ptas. 40

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA

VOLUMEN 1.º

La aerostación moderna

45 grabados — 14 retratos

Interesante resumen de cuanto se refiere á la Aerostación y Aviación desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Inventos y ascensiones más notables.

Un tomo en 8.º, Ptas. 0'50

VOLUMEN 2.º

Los Rayos X y El Radio

46 grabados — 12 retratos

Con la mayor precisión y estilo claro y sencillo se hallan condensados en este libro todos los conocimientos referentes al descubrimiento de Roentgen y sus variadas aplicaciones, así como un brillante resumen de lo relativo al maravilloso metal descubierto por M. Curie.

Un tomo en 8.º, Ptas. 0'50

VOLUMEN 3.º

El fotógrafo aficionado

Libro indispensable á todos los fotógrafos y en particular á los aficionados.

Con una claridad asombrosa puede el aficionado á la fotografía conocer el manejo de una máquina fotográfica, así como la manera de revelar un cliché, secarlo rápidamente, y cuantas manipulaciones puedan ilustrar al fotógrafo aficionado.

Un tomo en 8.º, Ptas. 0'50

EL DENGUE

MANUAL DEL JUEGO DEL

TRESILLO

POR

M. Circasiano Dosilovo

Ptas. 2

EL PRESTIDIGITADOR OPTIMUS

ó

MAGIA ESPECTRAL

SECRETOS DE CIENCIAS OCULTAS

POR

PARTAGÁS

Un tomo, ilustrado, Pesetas 5

El proceso de Cristo

POR

FRANCISCO PÍ Y ARSUAGA

Un tomo en 8.º, Ptas. 1

